

CARLOS CID PRIEGO

El sepulcro de torre mediterráneo
y sus relaciones con la tipología
monumental

Separata de «Ampurias», XI

BARCELONA, 1949



El capítol de tota l'edificació
que s'ha de fer en el projecte
d'edificació

El sepulcro de torre mediterráneo y sus relaciones con la tipología monumental

POR CARLOS CID PRIEGO

En las páginas presentes pretendemos intentar el estudio de conjunto de una serie de monumentos funerarios turriformes que tienen por área de expansión toda la cuenca del Mediterráneo, entendida ésta en su más amplio concepto cultural, e incluyendo zonas más apartadas; pero en cierto modo sujetas a su influencia, es decir, un extenso cuadrilátero que va de Persia a la Península Ibérica, y de Germania al Sahara. Esto en cuanto a difusión geográfica, pues en cronología es imposible fijar límites absolutos; la idea de torre-monumento funerario es viejísima y perdura aún en nuestros días. Pero nos limitaremos a tratar de unos aspectos muy característicos de esa idea, cuyos orígenes pueden situarse en Egipto, desenvuelve sus magníficas posibilidades en tiempos fenicios y grecorromanos, y agota sus posibilidades en los siglos de la Edad Media. Dentro de esos límites nos referiremos sobre todo a la parte exterior, que es la que más interesa para definir la formación, desarrollo y tipología de estos monumentos, prescindiendo del estudio monográfico de la obra concreta, que haría interminable este trabajo. Independientemente tenemos emprendido desde estas páginas el estudio detenido de algunos de ellos.

Son innumerables las referencias aisladas a sepulcros turriformes en tratados y publicaciones generales. No faltan monografías, algunas muy completas, sobre determinados monumentos; pero no conocemos ningún trabajo que estudie a fondo su conjunto y relaciones. Tan sólo Cumont trazó un bosquejo muy breve, pero de gran interés.¹ Sin embargo, no prestó

1. FRANZ CUMONT, *Études Syriennes*, París, 1917. Toda la obra es muy interesante y contiene referencias útiles para nuestro trabajo; pero lo fundamental es el capítulo VI (*Mausolées de Commenge et de Cyrhus*, págs. 203 y ss.), y muy particularmente la parte de éste dedicada a la *Evolution du type architectural* (pág. 216). Véase también R. CAGNAT y V. CHAPOT, *Manuel d'Archéologie Romaine*, t. I, págs. 34 y ss., París, 1916. Otros autores han formulado hipótesis interesantes acerca de algunos monumentos o grupos de ellos; en el desarrollo de este estudio citaremos parte de esa bibliografía.

especial interés al tema, e incluso algunas conclusiones parecen algo aventuradas. El sepulcro turriforme, tomado en términos absolutos, sólo tendría un par o tres de variantes; pero si se analizan los diversos tipos que pudieron darle origen, y las interminables relaciones de las formas acabadas con otras concepciones de la plástica monumental, nos encontramos ante un vastísimo campo, cuya misma complejidad encierra el peligro de confundir al estudioso y llevarle casi insensible e inconscientemente a tipologías tan apartadas de la idea base del sepulcro-torre, que ya nada tienen que ver con él.

El sepulcro de torre es muy frecuente en todo el Mediterráneo; sus variedades y compleja formación lo convierten en una de las formas más fecundas de la Arqueología clásica. Para su estudio sistemático se tropieza con numerosas dificultades; la primera, que los autores suelen limitarse a breves noticias descriptivas o a sugerir semejanzas, pero son muy pocos en materia cronológica. Otra es que nuestros conocimientos sobre ese mundo complejísimo y fecundo del Asia Anterior es todavía incompleto, a pesar de numerosos y documentados estudios. Para colmo, los acontecimientos militares y políticos que han agitado con tanta frecuencia el Próximo Oriente en lo que va de siglo, han interrumpido los trabajos con harta frecuencia.

Se viene repitiendo como tópico que la originalidad de los romanos fué muy escasa, y que su cultura fué plagio de la griega, a la que sólo añadieron el Derecho y la máquina de su organización estatal, base de su Imperio. Cada día va pareciendo más endeble esta afirmación hecha en términos absolutos. Pero aceptándola con las restricciones debidas, es curioso observar que cuando se profundiza en las viejas civilizaciones de Oriente, los propios griegos quedan en posición parecida, hasta el punto de que cabe preguntar si nuestras ideas en cuanto a la dependencia de Roma sean en gran parte consecuencia del mejor conocimiento de la época, y si en realidad Grecia pudo ser tan poco original en relación a Oriente como su discípula respecto a ella misma. Cabe creer que tomó mucho de Oriente, acrizolándolo luego con su espíritu inconfundible y genial. Pero hasta que no se aclaren ciertas lagunas en el contenido complejísimo de las culturas del Asia Anterior, ignoraremos las bases seguras de algunas formas culturales grecorromanas, como sucede en el caso del sepulcro turriforme.

Y antes de entrar en comparaciones, recordemos que en este estudio abundan las que conducen fácilmente a falsas evidencias. La Humanidad tiene una serie limitada de ideas básicas, que surgen y se repiten en diversas partes, a veces sin relación alguna, y otras sin contactos aparentes; y la torre sepulcral parece pertenecer a ese número. En América, por ejemplo, abundan formas más o menos semejantes a las egipcias, que tanta materia han dado a la fantasía de algunos investigadores. Y si es cierto que en Mitla

hay tumbas que recuerdan las mastabas,¹ que los incas usaron vanos trapezoidales, que el *teocalli* de Xochicalco evoca la pirámide escalonada de Snefru² y que en Quellanata existen torres funerarias semejantes a *nuraghas* invertidas,³ sin que tengan que ver absolutamente nada con Egipto o con el Mediterráneo, es indudable que tales formas dieron en aquel mundo, incomunicado con el nuestro hasta el siglo xv, formas derivadas semejantes. Como ejemplo puede citarse una construcción de Tehuantepec que, a no oponerse la Geografía, podría seriarse entre los más típicos sepulcros turri-formes mediterráneos (fig. 7, 1).

Por otro lado existe una escuela de investigadores del Extremo Oriente que desde tiempo ha procuran buscar en él los orígenes de casi todos los fenómenos culturales. Es cierto que allí existen monumentos como la pagoda de Yuän, en la isla de P'u-t'o-chan, cuya torre recuerda las de Licia.⁴ En la India existen elevadísimos basamentos rematados por edículos de cubierta piramidal, escalonada, capaces de tentar a los indianistas,⁵ que han exagerado semejanzas más o menos hipotéticas, como el sistema de cubierta de la tumba Mylassa.⁶ Pero todo esto tropieza con dificultades enormes; una, porque ese mundo, excepto contactos eventuales, permaneció muy aislado del nuestro hasta época reciente; y porque la cronología de los monumentos invocados es con frecuencia posterior a los de nuestro mundo.

El origen de la torre funeraria como forma completa está en Fenicia, aunque sus más remotos precedentes se tomaron de Egipto (fig. 1). Y al decir Fenicia incluimos a Siria, pues la primera es, en cierto modo, el puerto natural de esta región de tan vieja y genial tradición en el trabajo de la

1. Buena reproducción en *Historia General del Arte*, t. III, arquitectura dirigida por L. Doménech y J. Puig y Cadafalch. Véase lám. 14, n.º 9; también t. I, pág. 792. Aunque anticuada (Barcelona, 1901), contiene referencias gráficas interesantes.

2. *Opus cit.* en la nota anterior; t. III, lám. 14, n.º 8, y lám. 15, n.º 1 y 6.

3. En el país reciben el nombre de «chulpas». Son troncos de cono invertidos, con una especie de reborde saliente en la parte superior; alcanzan tres o cuatro veces la altura de un hombre. Véase la obra citada en la nota precedente, t. I, pág. 793, fig. 936.

4. Bien reproducida en KARI WOERMANN, *Historia del Arte en todos los Tiempos y Pueblos*, edición española (Madrid, 1923), t. I, lám. 40. La fecha es muy posterior a la de los monumentos que vamos a reseñar, pero hay que tener en cuenta que en Oriente sobreviven mucho los tipos monumentales, que a veces reproducen antiguas estructuras que no han llegado a nosotros por lo endeble de los materiales empleados; a pesar de todo, no creemos que haya relación posible. El caso inverso, es decir, que se tratase de una aportación occidental, es más probable, pero tampoco es fácilmente admisible, aunque esta torre da una impresión muy poco china.

5. Véase, por ejemplo, por lo característica, y sólo a título de reproducción gráfica, la figura 231 del tomo I de la *Historia del Arte*, por J. PIJOÁN (Barcelona, 1914).

6. Sir BANISTER FLETCHER, *Historia de la Arquitectura por el Método Comparado*, versión española de Andrés Calzada (Barcelona, 1928), parte I, vol. I, lám. 57, A, B y D, y pág. 195. Dice: «La tumba de Mylassa, en Asia Menor, es una de las más interesantes de las tumbas construidas, pues su domo o cubierta se forma por hiladas saledizas de piedra, como en las célebres cúpulas jainas de la India, único ejemplo de tal disposición en las estructuras romanas». A pesar de las indudables relaciones del Arte mediterráneo y el oriental a través de Gandhara y del grupo greco-búdico, es difícil probar una auténtica influencia india en estos monumentos. El caso de Mylassa puede justificarse por un desarrollo bastante original de las estructuras adinteladas; y en todo caso siempre tenemos modelos más próximos en todo el Mediterráneo, donde las falsas bóvedas y cúpulas son extraordinariamente antiguas.

piedra; y no debe olvidarse que Siria ha sido siempre crisol de las más diversas influencias, a las que dió soluciones personalísimas a través de toda la Historia del Arte. En la región siriofenicia se produjeron los contactos

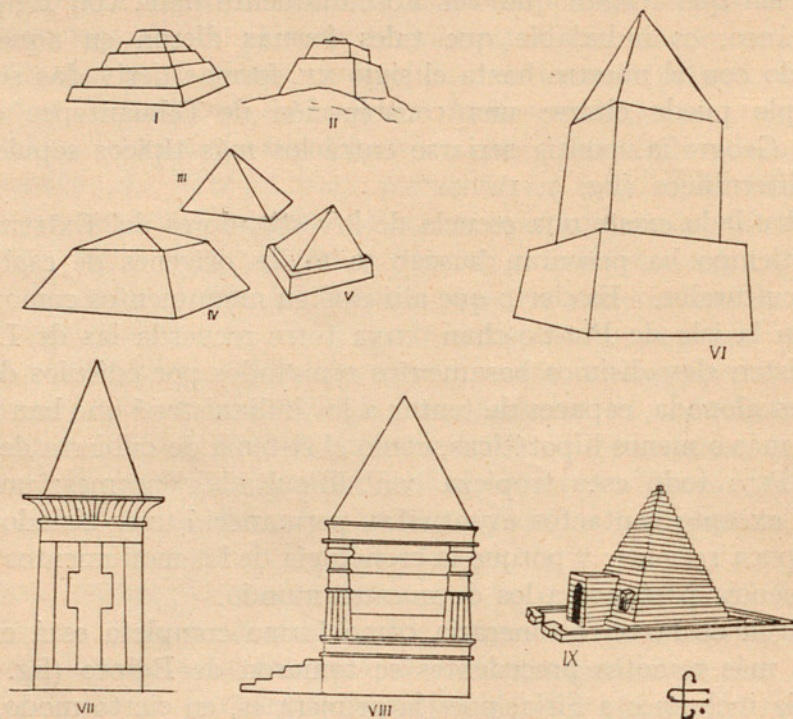


Fig. 1

I, Sakkarah, pirámide escalonada de Zoser, III dinastía. — II, Meidum, pirámide del rey Suefru, III dinastía. — III, Gizeh, tipo de pirámide de la IV dinastía. — IV, Daschur, pirámide de doble vertiente, III dinastía. — V, Abydos, pirámide. — VI, Reconstrucción de un monumento funerario de la V dinastía, según representaciones en los textos. — VII, Tumba figurada en un bajo relieve, XVIII dinastía. — VIII, Reconstrucción del templo de la tumba de un buey Apis, hecha a base de un corte longitudinal de Mariette, XVIII dinastía. — IX, Abydos, tumba con pirámide escalonada.

del mundo asiático con el mediterráneo, y desde sus costas irradiaron las nuevas formas. Pero en este caso Egipto jugó un papel muy interesante, al aportar mitos y modelos que ejercieron influjo muy poderoso: la pirámide, para las cubiertas; las masas geométricas, en la composición general de los monumentos; los troncos piramidales muy prolongados, casi prismáticos, en las siluetas turriformes. La región siriofenicia era la más apropiada para asimilar estas formas egipcias. Contribuyó a ello su temprana civilización, la frecuencia de relaciones comerciales e intercambio cultural. Además, la abundancia de rocas influye allí, como en Egipto, en la construcción, y no olvidemos que se usaron en Baalbek monolitos del orden de las 1,000 toneladas, sólo comparables, acaso superiores, a los egipcios.¹

1. AUGUSTE CHOISY, *Histoire de l'Architecture*, París, t. I, pág. 211.

La historia empieza de manera concreta con los *meghazil* de Amrit, en Fenicia.¹ Son grandes masas monolíticas talladas, semejantes a cipos gigantescos que señalan el emplazamiento de la tumba, que es subterránea. Nos encontramos aquí con la vieja idea egipcia de indicar el lugar donde está encerrado el cadáver mediante un monumento que no lo contiene, y que incluso no está directamente relacionado con la cámara funeraria. Las mastabas no albergaban el sarcófago, eran sólo una masa sobre la superficie del suelo, en donde se abría el pozo y corredor que conducían al cadáver; pero más semejanzas hay con mausoleos del tipo usado para bueyes Apis, edículos sobre basamento y cubierta piramidal, bajo los cuales, a bastante profundidad, se encuentra la cámara funeraria, a la que se llega por un pasadizo subterráneo inclinado que se abre varios metros delante del monumento. Los *meghazil* son también un basamento, una forma cúbica y una pirámide; debajo, sin relación directa, existe la cámara funeraria, a la que también se llega por un corredor inclinado que aflora a la superficie a poca distancia del monumento (fig. 2, I). Pero si éste era en Egipto una capilla dedicada al culto funerario, en Fenicia está formado por cuerpos geométricos simples, no arquitecturales, y completamente macizos.

Parece que en sus orígenes la forma fenicia era un cubo o dado (figura 2, II), verdadera roca artificial donde se tallaba la cámara en las comarcas desérticas que por carecer de rocas naturales apropiadas no se prestaban a la excavación de hipogeos; efectivamente, existen algunos *meghazil* posteriores que albergan en su interior la cámara, a diferencia de los que hemos descrito más arriba (fig. 2, II, el VI y VII tipos posteriores en Chipre).² Sobre ese cubo se colocará después la pirámide, acaso por la idea originaria del túmulo de tierra que cubría algunas tumbas primitivas, aunque la proximidad de Egipto hace esto algo dudoso. De aquí a la colocación del sistema descrito sobre el basamento y la añadidura de un cuerpo intermedio, no hay más que un paso, siguiendo a Cumont;³ pero a nuestro entender hubo ya precedentes bastante claros en Egipto, donde no son raras las formas semejantes, como en la reconstrucción esquemática de la figura 1, VI,⁴ que proceden del obelisco montado sobre un tronco de pirámide; y también algunos monumentos funerarios desarrollados a partir del Imperio Medio, que aparecen representados en pinturas murales y usados como jeroglíficos en

1. Para la mayor parte de los puntos relacionados con Fenicia, es fundamental todavía la obra de Renan, *Mission de Phénicie*, París, 1864, obra bellísima y clásica a la que hay necesidad de referirse constantemente (v. págs. 59 y ss., y lám. XI). Debe consultarse también: PERROT y CHIPIEZ, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, París, 1885, t. III; es particularmente interesante todo el capítulo III (*L'Architecture funéraire*).

2. RENAN, *Opus cit.*, pág. 80. También GSELL, *Les Monuments Antiques de l'Algérie*, París, 1901, págs. 54 y ss.

3. CUMONT, *Études Syriennes*, pág. 216.

4. Véase el que publican PERROT y CHIPIEZ, *Opus cit.*, t. I, pág. 222, fig. 148.

algunos textos (fig. 1, VII); con ellos se podrían relacionar los *meghazil* representados en la figura 2, I y II, y la forma del cipo IX.

Estas formas, que al menos en Egipto tienen relación con el culto solar, debieron relacionarse con las ideas fálicas tan arraigadas en Asia. Muchos cipos funerarios, cuya significación es clarísima, tienen las mismas líneas generales de los *meghazil*: prismas rematados por pirámides, o a veces conos coronados también por cuerpos de revolución. Las modalidades de generación rotativa parecen autóctonas de Asia, aluden más directamente a las ideas fálicas (los monumentos de la figura 2, IV y V no son más que gigantescos falos, muy acusados, de piedra), y aunque no son tan numerosas ni alcanzan un desarrollo tan feliz como las otras, no dejaron de ejercer, como veremos, poderosas influencias.

Junto a éstas, existen otras formas fenicias, la de edículo, cuya evolución podrían ser los números VI, VII y III de la figura 2; y que explicarían, sin buscar hipotéticos precedentes griegos, construcciones del tipo de la llamada «Tumba de Ciro», en Pasargadas (fig. 3, X). Vamos viendo, por tanto, como los orígenes del sepulcro de torre, aun los más sencillos, son muy complejos, corresponden a ideas diversas que se van fundiendo, y a formas que entroncan entre sí independientemente. Y es que el territorio a que hacemos referencia era eterno camino comercial y campo de batalla entre pueblos asiáticos y africanos (hititas, asirios, egipcios, etc.), continuadores a veces de complejos sustratos culturales anteriores y puerto de amarre y partida de todo el Mediterráneo; por eso fué colector de los más heterogéneos materiales arqueológicos y artísticos que se yuxtaponen, funden y se vuelven a esparcir, a veces hasta a los países de origen. Y de allí llegaron hasta el mundo griego arcaico, al helenístico, romano y hasta el bizantino y musulmán, pues en estas dos últimas culturas encontramos las posteriores derivaciones del sepulcro turriforme. Por eso tendremos que aludir constantemente a las formas que se dan cita en ese fecundo Oriente asiático. Hay que advertir que los fenicios, continuadores en parte de la cultura egipcia, que con frecuencia tan sólo plagiaron, consiguieron plasmar en estos sepulcros una de sus ideas más felices.

Una vez definida la forma elemental y el origen del sepulcro de torre, es fácil suponer un camino de expansión importantísimo a través de las colonias y establecimientos fenicios. Cumont escribió que estos mausoleos forman pléyade en el Norte de África, y tiene razón;¹ sin embargo, un investigador de la talla de Saladin, y que conoció a fondo la Arqueología norteafricana, afirmó que su número es muy reducido,² paradoja que se explica

1. *Opus cit. supra*, pág. 214.

2. *Bull. du Comité*; Saladin coordinó trabajos de varios notables investigadores de la región. *Vid. infra*, nota 16.

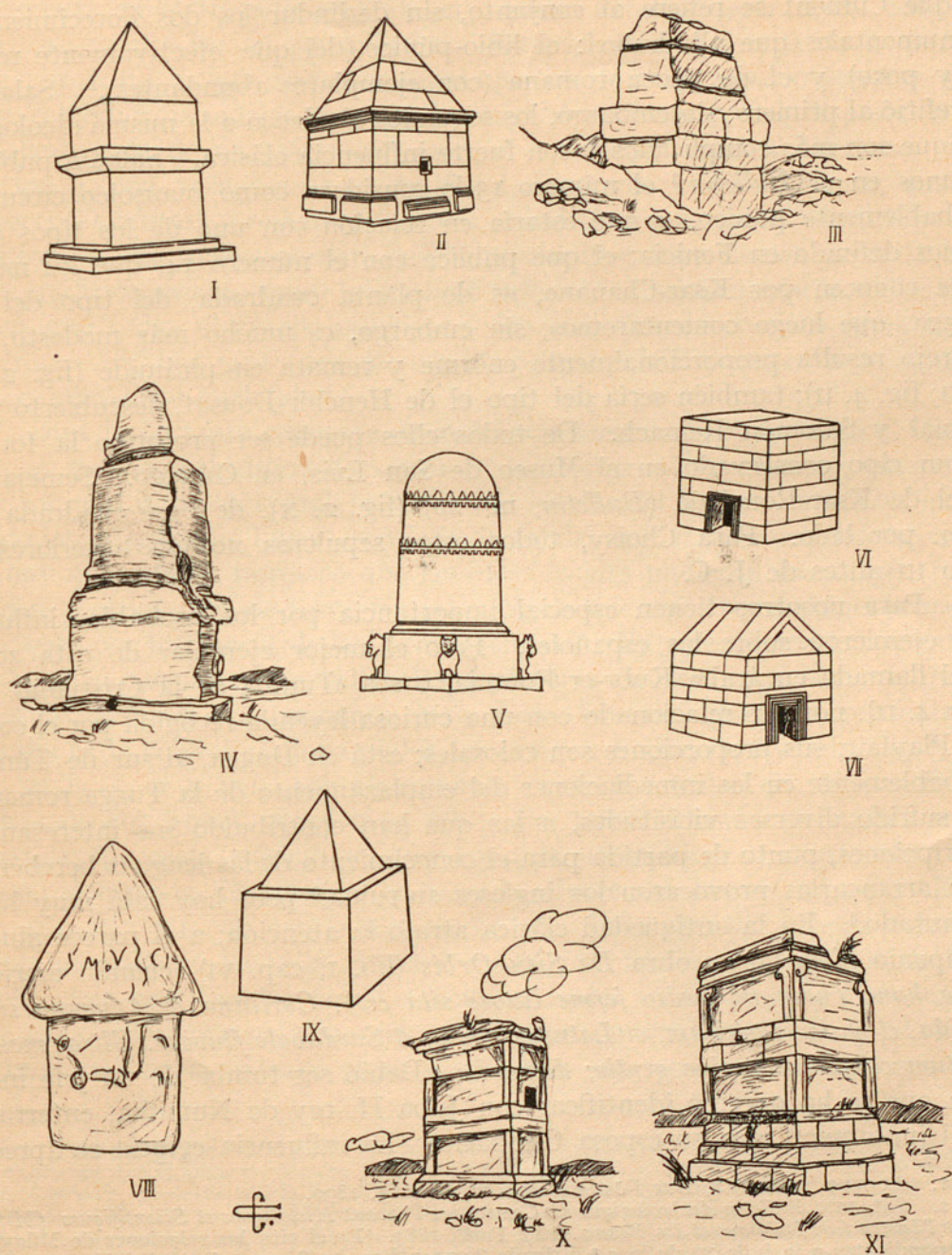


Fig. 2

I, Meghazil de Amrith (Renan, *Mission*, 17). — II, Tumba de Amrith (Renan, *Mission*, 16). — III, «Tumba de Híram» (Renan, *Mission*, 47). — IV y V, Otros dos ejemplares de Amrith (Renan, *Mission*, 11, pag. 94, y 13). el segundo reconstruido. — VI y VII, Tumbas de Amathonte (Cesnola, *Cyprus*, pág. 256). — VIII, Cipo fenicio de asperón, 78 cm., con el nombre del muerto inscrito (*Corpus Ins. Semit. Pars I*, n.º 159). — IX, Cipo de Tharros (Spano, *Bulletino*). — X, Ksar-Rouhaha. — XI, Ksar-Chenane. (De éstos, ver las referencias en el texto.)

porque Cumont se refiere al conjunto, sin deslindar los dos florecimientos monumentales que allí hubo : el libio-púnico (del que efectivamente resta muy poco) y el de época romana (con ejemplares abundantes).¹ Saladin se refirió al primero; sin embargo, los segundos obedecen a la misma ideología, aunque son más complicados y con fuerte influencia clásica. Saladin publicó algunos en el *Bulletin*;² el número 13 lo considera como mausoleo circular, probablemente púnico, y que estaría en relación con uno de los tipos que hemos definido en Fenicia; el que publica con el número 14, que los naturales conocen por Ksar-Chanane, es de planta cuadrada, del tipo del de Dugga, que luego comentaremos; sin embargo, es mucho más modesto, su aparejo resulta proporcionalmente enorme y remata en pirámide (fig. 2, x y xi; fig. 4, II); también sería del tipo el de Henchir-Dousat, descubierto por Cagnat y Salomón Reinach. De todos ellos puede ser prototipo la forma de un cipo conservado en el Museo de San Luis, en Cartago. Semejante es el de Ksar-Rouchala (*Bulletin*, n.º 20) (fig. 2, x), de base cuadrada de 3 m. por lado. Para Choisy, todos estos sepulcros no son anteriores al siglo III antes de J. C.

Para nosotros tienen especial importancia por los probables influjos que ejercieron sobre los españoles. Pero el mejor ejemplar de esta zona es el llamado en árabe Kubr-er-Roumia, o sea «Tumba de la Cristiana» (figura 4, II), nombre relacionado con una curiosa leyenda recogida por el coronel Playfair; sus proporciones son colosales; está en Dugga, al sur de Túnez, probablemente en las inmediaciones del emplazamiento de la Tugga romana. Ha sufrido diversas vicisitudes, a las que han contribuido sus interesantes inscripciones, punto de partida para el conocimiento de las lenguas bereberes; para arrancarlas provocaron los ingleses su ruina;³ pero hoy está muy bien restaurado.⁴ En la antigüedad clásica atrajo la atención; a él parece aludir Pomponio Mela en su obra *De Situ Orbis* (lib. I, cap. VI), cuando escribe: «*citra hanc (nam in medio ferme littore sita est), Cartinna et Arsemna sunt oppida, et Quiza castellum, et Laturus sinus, et Sardabale fluvius. Ultra, monumentum commune regiae gentis; deinde...*» Debió ser tumba de un jefe indígena que se ha querido identificar con Juba II, rey de Numidia, enterrado en él juntamente con su esposa Cleopatra. La influencia egipcia se aprecia

1. ADOLFO SCHULTEN, *Das Römische Afrika*, Leipzig, 1899.

2. SALADIN, *Bulletin Archeologique du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques (Ministère de l'Instruction Publique et des Beaux Arts)*, París, 1883. En él cita las relaciones de Milaynat correspondientes a la hoja XI de la 2.ª Brigada Topográfica de Túnez (1899), dirigida por el teniente Pineau. Obra fundamental es el *Atlas Archéologique de Tunisie*, París, 1893; es ésta una obra monumental en gran folio; constituye una maravilla de topografía moderna, y fué hecha con fines militares; pero luego se aprovecharon los mapas y trabajos para hacer una edición arqueológica de la región, que corrió a cargo de M. Babelon, R. Cagnat y S. Reinach.

3. A. SCHULTEN, *Römische Afrika*, con fotografía de cuando estuvo en ruinas.

4. La mejor reproducción que conocemos existe en *Nordafrika (Tripolis, Tunis, Algier, Marokko)*. *Baukunst, Landschaft, Volksleben*, prólogo de Ernst Kühnel, Berlín, 1924; pág. 95. Véase también el *Atlas Archéologique*, hoja XI, n.º 175, 189, 117.

claramente en el trazado general, en algunos detalles decorativos, como la gola, casi igual a las del país nilótico. Hay, además, el detalle de la estructura : se trata de una inmensa masa que no deja un espacio interno, sólo unos estrechos pasadizos que conducen a dos cámaras; tal disposición es semejante a la de una pirámide, aunque con forma externa diferente. Es, por tanto, una verdadera roca artificial excavada, con basamento, cuerpo (o cuerpos) central y remate piramidal, como en Fenicia; con adornos y disposición interna que recuerdan Egipto, y con bastantes elementos de la más pura tradición griega, como la gradería inferior, el pseudoperistilo del mismo orden que rodea el cuerpo principal y los animales decorativos de la parte superior. Es, por tanto, un monumento cuyo eclecticismo es muy ilustrativo dentro de su modalidad.¹

Otra importante corriente de influencia fenicia ascendió hacia el Norte, pero es mucho más difícil de seguir, y se mantiene menos pura, porque al caer sobre el inmenso complejo de formas locales del mundo anatólico, incluyendo las griegas, dió lugar a verdaderas amalgamas, muy difíciles de separar. No hay que olvidar tampoco que las ideas locales pudieron dar origen independiente al sepulcro de torre, sin perjuicio de que estos tipos sufrieran modificaciones por influencia de las formas fenicias. En este mundo encontramos también la costumbre de tallar las sepulturas en una roca natural, que a veces se desbasta enteramente para darle formas cúbicas o prismáticas; ejemplo es la colosal «Tumba de los Leones», en Frigia, de Ayaz-In (fig. 3, VI; cf. con la 3, II y VII), tan típicamente oriental, incluso en las grandiosas figuras de sus leones guardianes, tema que tanta difusión alcanzaría en la temática funeraria clásica, y que, aplicada al sepulcro de torre, tuvo un curioso ejemplo en España, en la llamada «Torre del Breny», cerca de Manresa (fig. 5, I y II, cf. con la misma, 5, III). Esta idea del prisma aislado y simple se extendió hasta la Persia Aqueménida; frente al acantilado de Persépolis, que contiene las famosas tumbas reales talladas en la roca, existe otra exenta, prismática, sin más ornamentación que cuatro lisas pilastras, las molduras de la entrada y los dentellones superiores; es curioso que ter-

1. Para completar bibliografía : P. de TCHIHATCHEF, *Espagne, Algérie et Tunisie*, París, 1880, con excelente descripción en la pág. 198; B. FLETCHER, *Opus cit.*, t. I, pág. 195; AUGUSTE ADOLENT, *Carthage Romaine*, París, 1901. En la obra de COSSÍO-PIJOÁN, *Summa Artis*, vol. V (*El Arte Romano*), Madrid, 1934, se la incluye erróneamente entre las torres romanas (pág. 326, fig. 450). Para los monumentos funerarios del Norte de África, además de las obras citadas en la nota anterior y en la presente, deben tenerse en cuenta las que siguen : Para Túnez : SALADIN, *Archives des Missions*, 3.^a serie, t. XIII, 1887, págs. 98, III, 129, 156 y ss., 201; LECOY DE LAMARCHE, *Comptes-rendus à l'Académie Inscr.*, 1894, pág. 477; *Bulletin Archéologique du Comité* (antes citado), 1894, pág. 403, y lám. XVII; GLAUCKLER, *L'Archéologie de la Tunisie*, París, 1896, pág. 56. Para Cartago puede verse : GSELL, *Les Monuments Antiques de l'Algérie*, París, 1901, t. II, pág. 58; los monumentos de Argel aparecen clasificados en esta obra en el t. II, págs. 54-98; para Tripolitania, MEHIER DE MATHUISIEULX, *Nouvelles Archives des Missions*, t. XII (1904), págs. 25 y ss., y láminas XIV y XVIII-XX. La ingente bibliografía incluida por Gsell, y la facilidad de consulta de su obra, nos dispensan de copiarla aquí. A ella remitimos el lector.

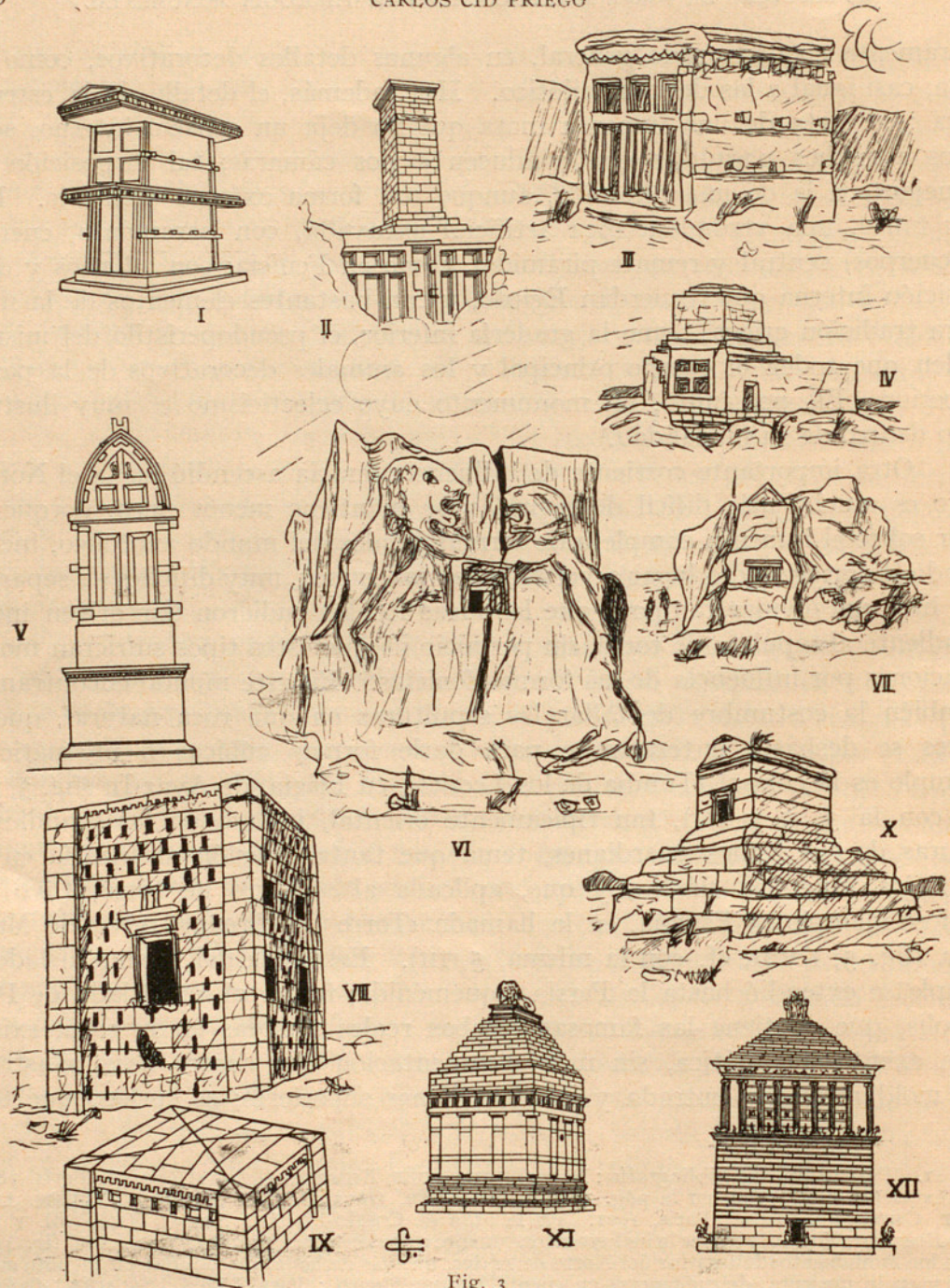


Fig. 3

I, Reconstrucción teórica de uno de los tipos sepulcrales más corrientes de la zona del Xantos. — II, Torre funeraria de la región del Xantos (*Reisen*, I, xxv). — III, Sepulcro en Phellos (*Reisen*, I, xxxvii). — IV, *I-Pelekili* («cámara tallada a picos»), cerca de Focea (*Weber*, «Trois Tombeaux», figura 6). — V, Mausoleo-sarcófago de Antiphellos (*Texier*, «Description», lám. CLXLV). — VI, «Tumba de los Leones» en Ayaz-In, al norte de Frigia. — VII, *Delikli-Tach* («piedra horadada»), tumba cerca de Harmandjik, valle medio del Rhyndacos; dibujo según una reproducción de Edmond Guillaume (*Exploration*, lám. v). — VIII, Torre funeraria de Nak-i-Rustem (Persia). — IX, Detalle de la cubierta de la torre de Nak-i-Rustem. — X, «Tumba de Ciro», en Pasargadas. — XI, Cnido: «Tumba del León». — XII, Mausoleo de Halicarnaso, dibujo basado en la reconstrucción hecha en 1862 por Newton y Pullman.

mine en pirámide, aunque ésta sea sumamente baja (fig. 3, VIII y IX), lo que puede hacer creer en una posible evolución de las formas fenicias.¹

Pero si Fenicia y Persia pudieron construir dentro de formas cercanas a las tradicionales, en cambio Licia aportó una novedad muy notable, tanto, que hubiera bastado por sí sola para dar origen a sepulcros de torre. Se

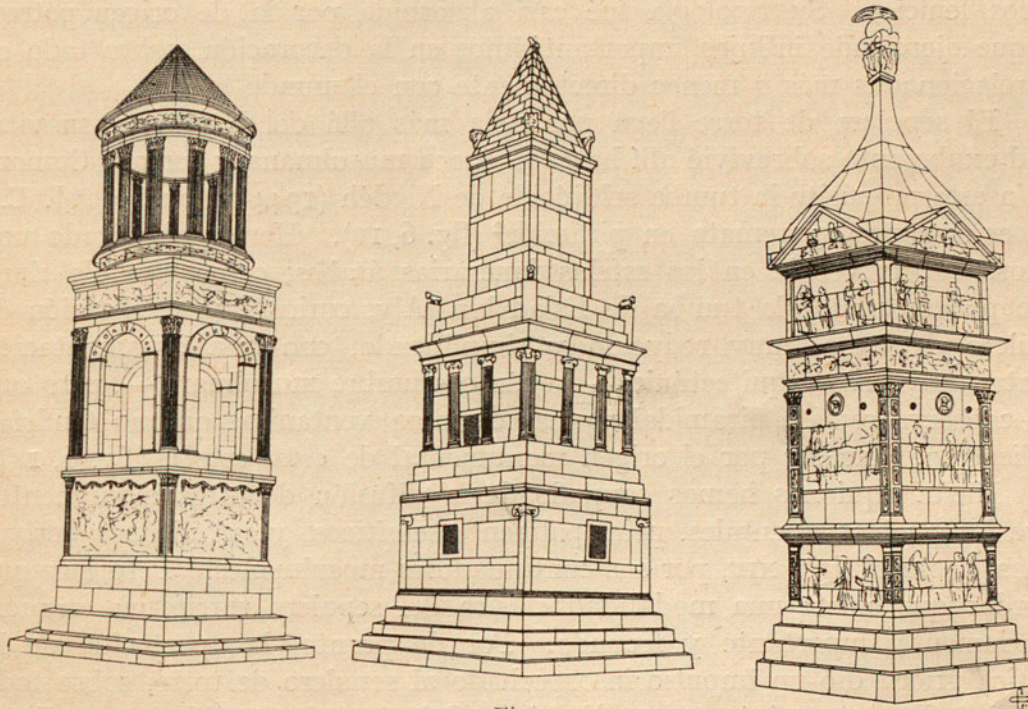


Fig. 4

I, Cenotafio de los Julios, en Saint Remy (Provenza). — II, Mausoleo de Dugga (al Sur de Túnez).
— III, Monumento conmemorativo de los Secundinos, en Igel (cerca de Tréveris).

trata de colocar los sarcófagos sobre prismas rocosos,² de donde derivan formas monumentales como la representada en la figura 3, V; es natural que de colocar un sarcófago de piedra sobre un basamento, a complicar su número y convertir el sarcófago en una especie de edículo, sólo hay una diferencia de grado (fig. 3, I). No hay que olvidar tampoco la noción de «casa del muerto» que suelen entrañar muchos enterramientos; y precisamente abundaban en la región casas construídas de madera, en las que predominaba mucho la altura sobre la anchura, y cuyas estructuras fueron traducidas a la piedra, donde originaron tipos como los de la figura 3, I a IV, y otros más elevados.

1. Así opinan Cumont, Benoit, Dieulafoy. Véase también la obra de JOSEF STRZYGOWSKY, *Asiens Bildende Kunst in Stichproben, ihr Wesen und ihre Entwicklung*, Augsburg, 1930, pág. 269, y fig. 254 (*Grabturme*).

2. CUMONT, *Opus cit.*, pág. 209; DE VOGUE, *Syrie Centrale. Architecture*, lám. 97; BUTLER, *American Archeological Expedition to Syria Pt. II, Architecture*, 1904, págs. 107, 109, 243.

Es curioso observar cómo independientemente, partiendo de la roca o de la estructura leñosa, se originan torres funerarias que van convergiendo hacia tipos uniformes, lo que culmina en la Arqueología romana, que recoge y fusiona con su intensa personalidad todos los ensayos anteriores (fig. 10).

Estas torres licias obtuvieron menos éxito que el simplista esquema de los fenicios. Su tipología fué casi absorbida por la de origen pétreo, aunque ejerciendo influjos importantísimos en la decoración, sobre todo en las relacionadas más o menos directamente con el mundo griego.

El sepulcro de torre llega por Asia más allá del Éufrates;¹ su vitalidad exuberante sobrevivió allí hasta la época musulmana y turca. Cumont cita a este propósito la tumba seldjúcida de Nigdéh (1344 después de J. C.), que es octogonal y remata en pirámide² (fig. 6, IV). Hemos observado una curiosa supervivencia en las estelas funerarias árabes; como ejemplo clarísimo podemos citar la tumba de Es'ad bin 'Aly, curiosísima estilización de sepulcro de torre, muy reducido y simplificado, con una ornamentación vegetal muy poco arquitectónica —según costumbre musulmana—, pero que aun conserva remate piramidal y unas curiosas ventanitas que no tendrían explicación, a no ser por el origen monumental de estas estelas (fig. 6, IX).³

Hasta aquí nos hemos ocupado de la difusión de estos monumentos entre los pueblos orientales, principalmente semíticos, y sus últimas derivaciones, hasta el siglo XIV, por sus continuadores musulmanes. Pero hay que recordar que existe una modalidad clásica del sepulcro turriforme extraordinariamente importante y fecunda. Por de pronto, la aportación de la estética griega dió un impulso insospechado al sepulcro de torre, sobre todo en Asia. El Arte griego se manifestó en Oriente más flexible y grandioso, se relajaron un tanto los cánones, pero lo que se pierde en equilibrio clásico se gana en originalidad y grandeza. Así fué como se realizó un cruce entre el templo helénico y el prototipo fenicio, mediante la aplicación al cubo (o sea, al cuerpo intermedio, el que alberga la cámara cuando ésta existe en el interior del monumento), un orden de columnas con su correspondiente entablamento, formando un pseudoperistilo, o un peristilo real.

De este tipo es «Tumba del León», en Cnido, en cuyas líneas generales

1. CUMONT, *Opus cit.*, pág. 216, nota 2. Véase también J. GARSTANG, *The Land of the Hittites*, Londres, 1910, pág. 80; POGNON, *Inscriptions Sémitiques de la Syrie et de la Mésopotamie*, París, 1907, págs. 15 y ss. y págs. 104 y ss.; láms. I y V.

2. Véase la obra y capítulo tantas veces citados (fig. 80, pág. 212). También GARSTANG: *Opus cit.*, pág. 80, lám. XXXIII. El tipo de planta octo o hexagonal se extendió por África, GELL, *Opus cit.*, págs. 93 y ss. (t. II); SALADIN, *Archives*, 3.^a serie, t. XIII, 1887, pág. 201. El monumento de Nigdéh aparece citado por el geógrafo musulmán Ali de Hérat (v. CUMONT, *Opus cit.*, pág. 216, nota 2). Hace referencia al mismo LE STRANGE, *Palestine under the Moslems*, página 489; por último, una referencia más en CUMONT, *Opus cit.*, pág. 231.

3. En dicha localidad hay varias tumbas; la que nos ocupa pertenece a un desconocido, está cubierta con placas de mármol y es del siglo XII. Está bien publicada en Syria, t. VI (París, 1925), lám. XVIII-2; artículo de S. FLURY, titulado *Le décor épigraphique des monuments de Ghaza*, página 835.

se adivina la disposición de algunos *meghazil* de Amrit; claro que el basamento tiene gradas y recuerda el estilobato del templo, y que el cuerpo central

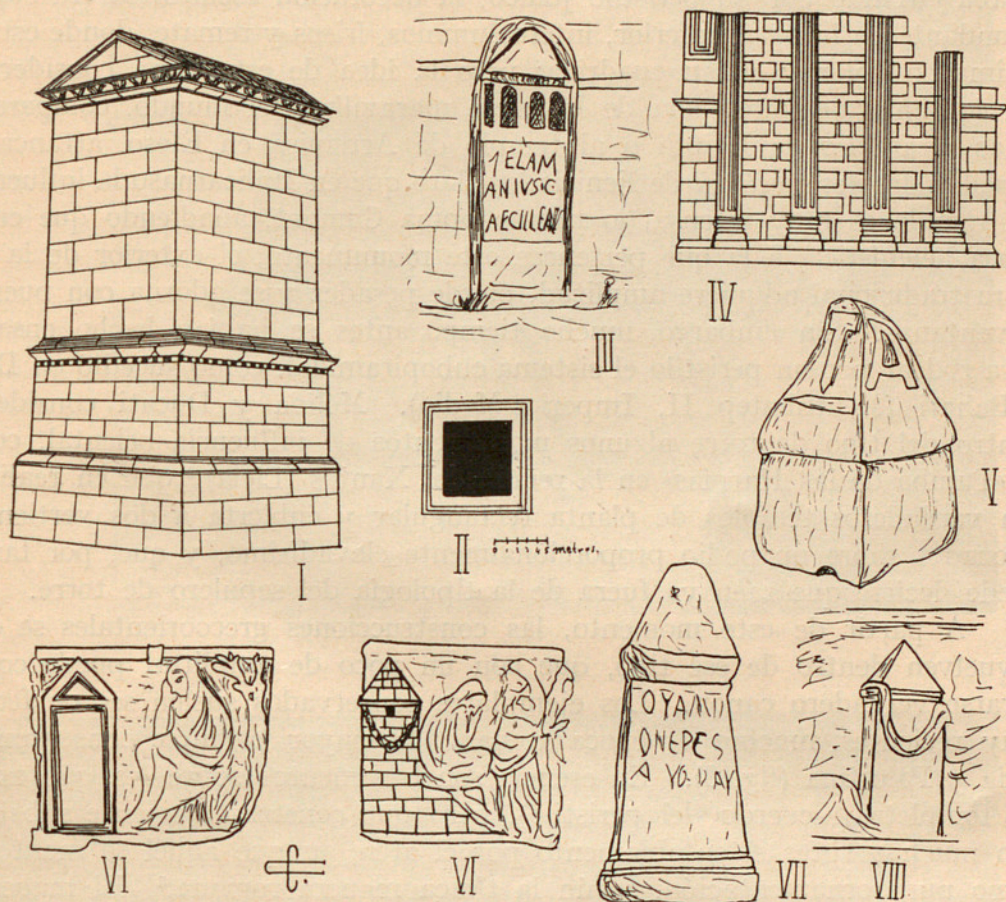


Fig. 5

I, Reconstrucción ideal de la Torre del Breny, de Manresa; se ha tomado como base la lámina de Laborde y el estudio que de la planta hizo Puig y Cadafalch. — II, Planta de la Torre del Breny, según los trabajos de Puig y Cadafalch. — III, Lápida con una representación monumental, posiblemente un sepulcro del tipo de torre (Mérida, empotrada en la pared del Parador Nuevo, según Lentier). — IV, Detalle de la sepultura de la familia Sergia, en Sagunto, según un dibujo de Mariangelo Accursio (manuscrito en la Biblioteca Ambrosiana de Milán). — V, Urna cineraria del Museo de Clermont. — VI duplicado y VIII, Relieves de sarcófagos con cipos formalmente relacionados con las líneas fundamentales del sepulcro de torre; los tres pertenecen al ciclo de Melegro. — VII, Cipo del Museo de Avignon.

está rodeado por un pseudoperistilo dórico; la pirámide es escalonada, como sucedía también en otros monumentos semejantes, sirviendo en todos como pedestal de una figura, que aquí es el simbólico león funerario, también de origen oriental (fig. 3, XI).¹ El más famoso sepulcro de este tipo es el Mausoleo de Halicarnaso, tumba del rey Cares y su esposa Artemisa (fi-

1. Bien publicada por FLETCHER, *Opus cit.*, t. I, lám. 33, A a F; y pág. 134.

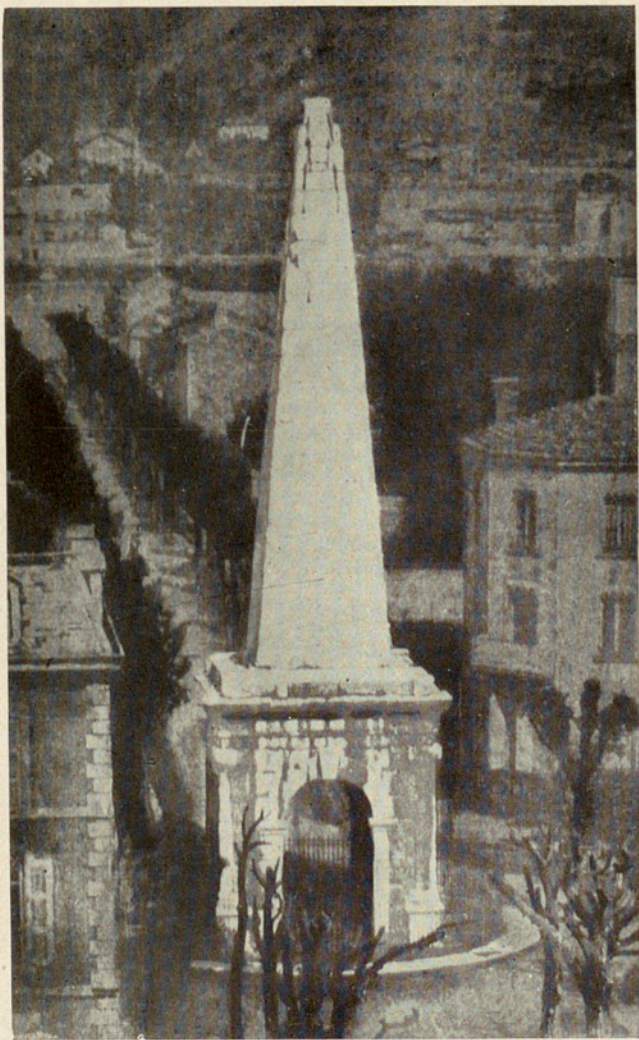
gura 3, XII); su externa monumentalidad y complicación enmascara algo la idea primitiva, pues el basamento era muy elevado, y el cuerpo central estaba circuido por un peristilo jónico; la decoración escultórica era superabundante en la parte inferior, intercolumnios, frisos y remate, donde estaba la imagen del rey en su cuadriga; pero la idea de esta obra, considerada por los antiguos como una de las siete maravillas del mundo, comparable a las pirámides de Egipto o al templo de Artemisa en Éfeso, arranca de aquellos simples *meghazil* de Fenicia.¹ Claro que en Halicarnaso la influencia del templo es muy intensa; lo mismo opina Cumont, añadiendo que en la época helenística, a la que pertenece este monumento, el exterior de la cámara tradicional adquiere amplitud, pierde pesadez y se adorna con puertas y ventanas. Sin embargo, mucho tiempo antes se habían hecho ensayos para rodear por un peristilo el sistema cubopiramidal, como sucedió en Deir-el-Bahari (Mentuhotep II, Imperio Medio). Mérida y Ducati consideran dentro del tipo de torre algunos monumentos de influencia oriental, como la «Tumba de las Harpías» en la región del Xantos (Licia),² que en realidad son verdaderos templos de planta rectangular y cubierta a dos vertientes, colocados sobre un podio proporcionalmente elevadísimo, y que, por tanto, puede decirse que caen ya fuera de la tipología del sepulcro de torre.

A partir de este momento, las construcciones grecoorientales se desenvuelven dentro de ese tipo, que con un poco de amplitud puede considerarse verdadero canon. Los ejemplares conservados suelen ser de fechas muy recientes, muchos de época romana; la mayor parte se conservan en Siria y Palestina (fig. 8). En esencia son basamentos sobre los que existe un templete (recuerdo del peristilo), pero que constructivamente substituyen muchas veces el entablamento por el arco, aunque aquél se mantenga como pura ornamentación, según la típica manera romana.³ El mausoleo de Hassan-oglu conserva una inscripción griega que Cumont fechó epigráfi-

1. No vamos a dar aquí la abundantísima bibliografía que existe acerca del Mausoleo, uno de los monumentos que más han llamado la atención en la Historia, fué una de las siete maravillas del mundo antiguo, pero nos conviene hacer resaltar la obra de COLLINGNON, *Histoire de la Sculpture Greque*, 1897, t. II, pág. 324, y la de SMITH, *Catal. of Sculpture. British Museum*, 1900, II, pág. 70. Es interesante tener a la vista el repertorio de reconstrucciones, muy completo, de la obra de Fletcher, ya citada, t. I, 1.^a parte, lám. 32, y pág. 133.

2. J. RAMÓN MÉLIDA, *Arqueología Clásica* (Col. Labor, n.º 334-335), Barcelona, 1933, pág. 218.

3. Damos aquí la bibliografía de algunos de esos monumentos, que en parte reproducimos en nuestras figuras. VOGUÉ, *Syrie Centrale. Architecture*, 1867; 70-71 (*Hass*), 74-76 (*El-Barah*), 77 y 98 (*Dana*), 97 (*Kakanáyá*). BUTLER, *American Archeolog.*, pág. 73 (*Dana*), 109 (*Kakanáyá*), 109 (*Djávánieh*) para este último, v. también PRENTICE, *Greek and Latin Inscriptions*, 1908, pág. 48, 110 (*Rbéa'ah*), 159 (*El-Barah*), 61 (*Hass*, v. también PRENTICE, *Opus. cit.*, pág. 157), 245 (*Dana*). SACHAU, *Reise in Syrien und Mesopotamien*, 1883, pág. 90 (*El-Kejr*), pág. 205 (*Serrin*). CUMONT *Opus. cit.*, págs. 213 y 208, nota, fig. 76 (*Barah*), págs. 209-10, figs. 78-9 (*Assay*), págs. 206 y 208, y pág. 209, nota, figs. 74-5 (*Alif*), pág. 12, fig. 5 (*Ouim-Koubra*), pág. 204, figs. 71-2 (*Hassan-oglu*); para este último véase CHAPOT, *Bulletin Corres. Hellen.*, LUCAS UND VON OPPENHEIM, *Byzan. Zeitschrift*, XIV, 1905, pág. 2 y lám. IV (*Kamú'at-el-Hermel*). CUMONT, *Opus cit.*, cita uno descubierto en Kara-Dagh por Miss Gertrude Bell (pág. 215, nota 4). ROTT, *Kleinasiatische Denkmaler*, Leipzig, 1908.



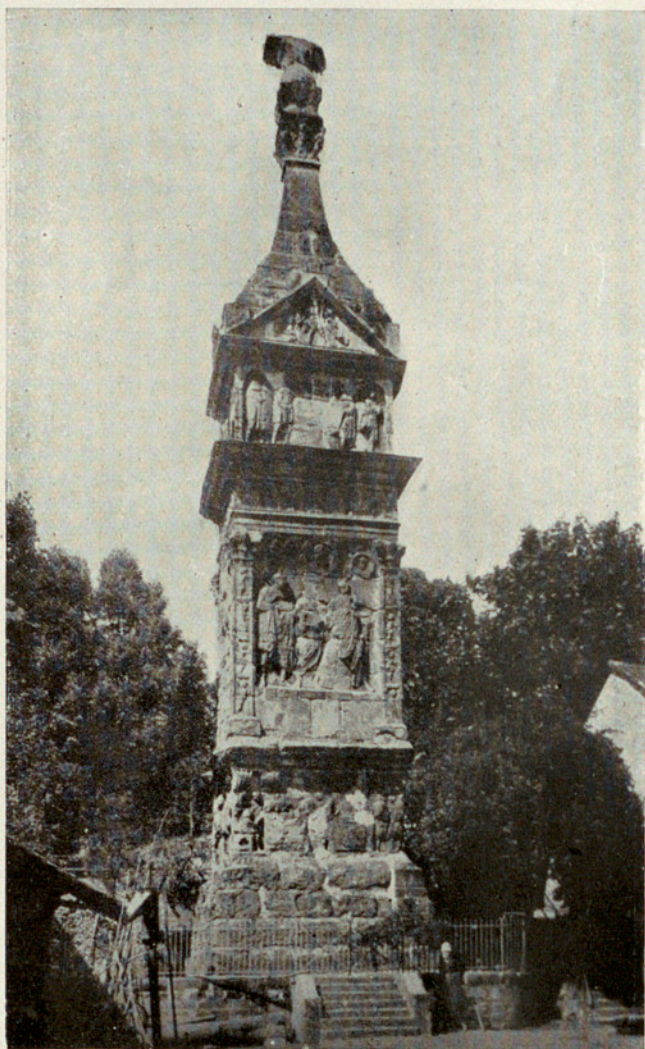
A) Monumento funerario de Vienne (Francia)



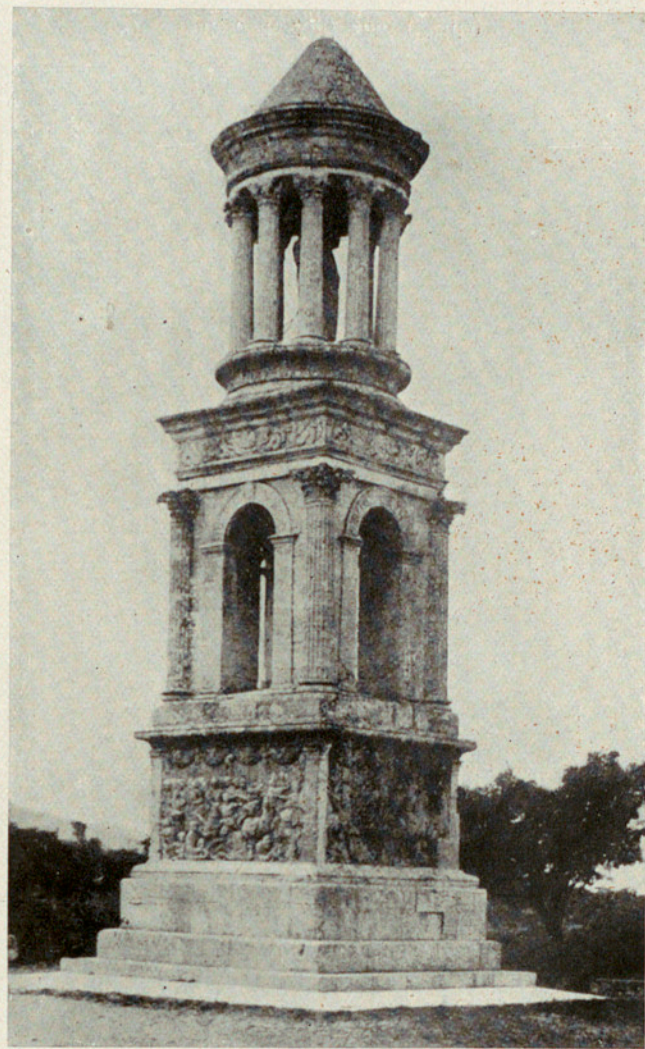
B) Sepulcro de Agrigento (Sicilia)

El sepulcro de torre mediterráneo y la tipología monumental

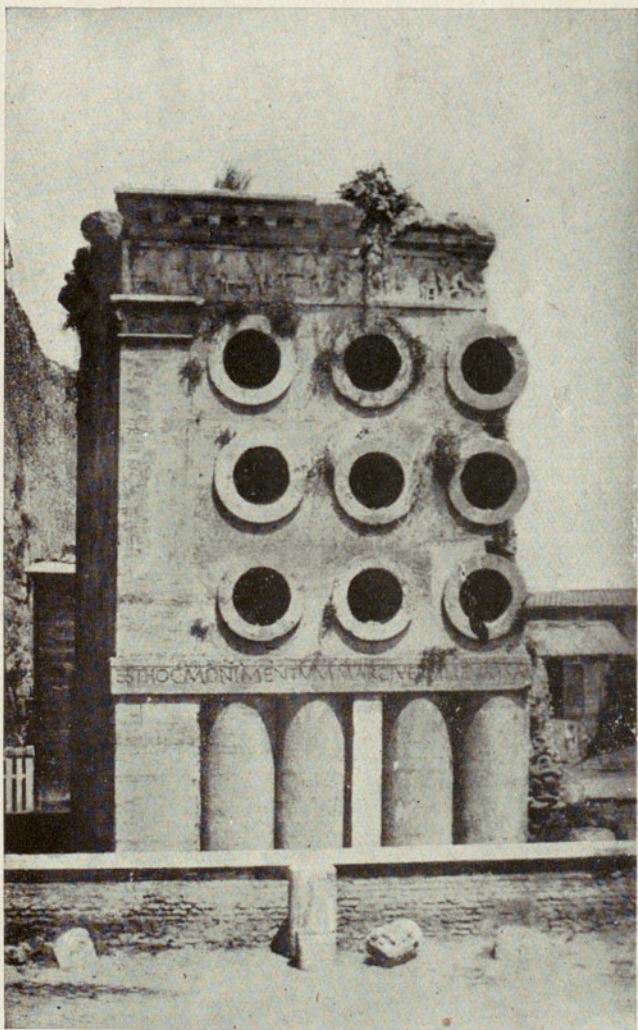
LÁMINA I



A) Monumento conmemorativo de los Secundinos, en Igel
(cerca de Tréveris, Alemania)



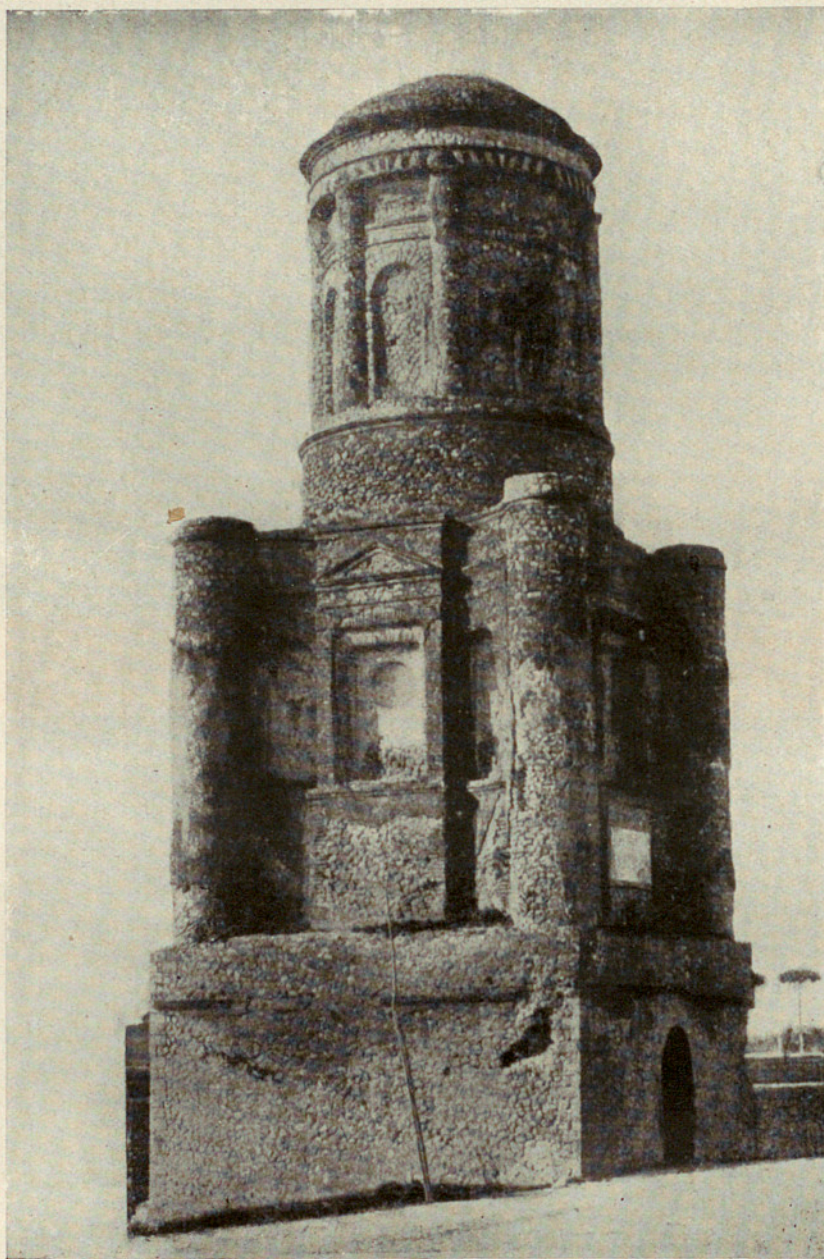
B) Cenotafio de los Julios, en Saint-Remy
(Provenza, Francia)



A) Sepulchro de Eurisace, junto a la *Porta Maggiore* (Roma)



B) Sepulchro en las cercanías de Albenga, en la costa ligur, frente a la isla Gallinaria, llamado *Il Pilone* (Italia)



Sepulcro turriforme en la *Vía Appia* (Roma)

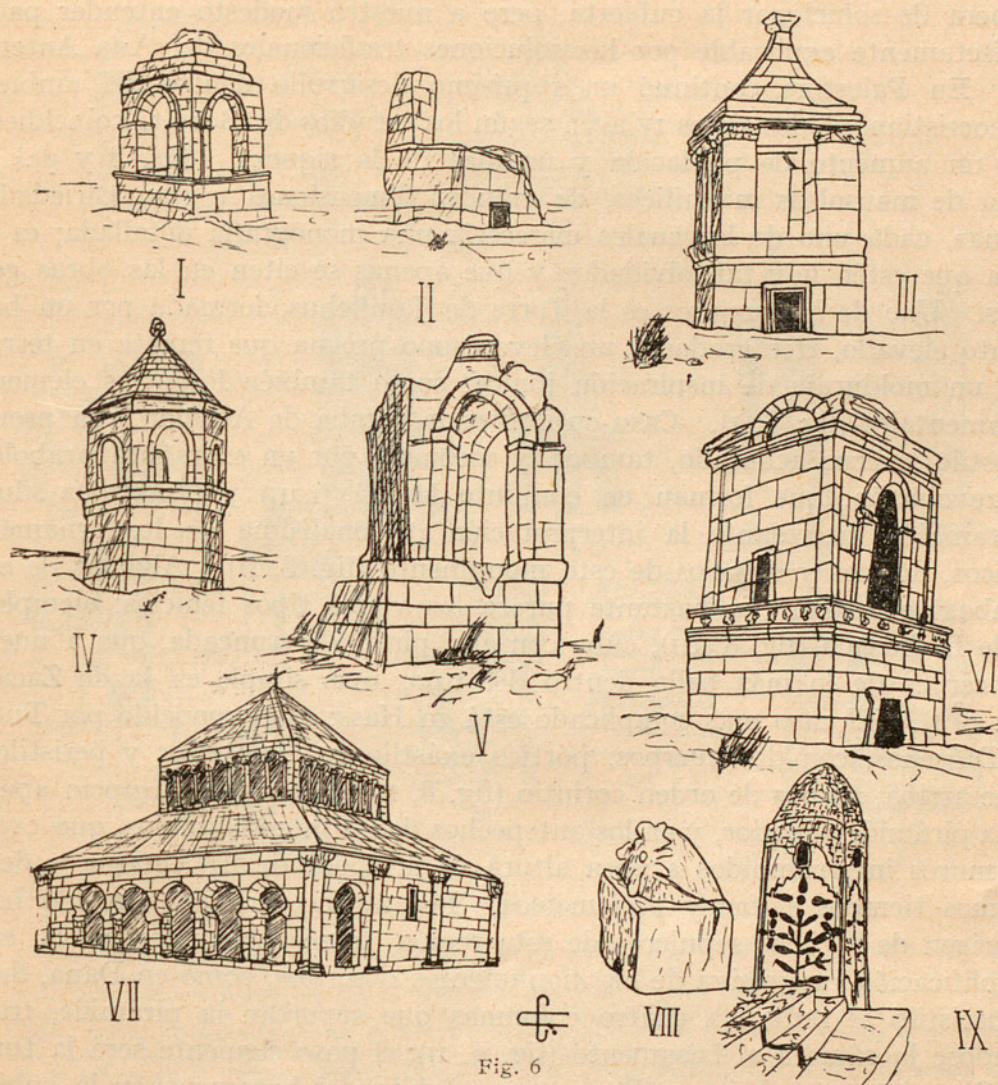


Fig. 6

I, Tumba de Barad. — II, Restos de un monumento funerario en Ourim-Koubra. — III, Tumba de Assar. — IV, Tumba seldjúcida de Nigdéh. — V, Ruinas de la tumba de Hassan-oglu. — VI, Sepulcro de Alif. — VII, Iglesia de 'Adhra, en Hān, en el Tū 'Abdīn. — VIII, Urna cineraria capadocia. — IX, Estela de la tumba de Es 'ad bin 'Aly.

camente en el siglo I de la Era (fig. 6, II). En Caria existe un ejemplar muy notable, la tumba Mylassa, que Noack relacionó acertadamente con el Mausoleo de Halicarnaso, Monumento de las Nereidas, etc. (fig. 7, XIII);¹ en él quieren ver algunos la influencia india a que nos referíamos en la

1. FERDINAND NOACK, *Baukunst des Altertums (Geschichte der Kunst)*, Berlín, pág. 115, lám. 156. Dice: «Nach den Stil seiner Pfeiler und Säulen in verhältnissmäßig später Zeit entstanden, verrät es im allgemeinen Aufbau doch sein grosses Vnbild das Mausoleum in Halikarnass. Die Weigung, den Grabraum hoch über den Boden zu heben, hatte schon in den freistehenden Sarkophagen und Grabtürmen der Lykien Ausdruck gefunden.» Véase, asimismo, nuestra nota 7

manera de solucionar la cubierta, pero a nuestro modesto entender parece perfectamente explicable por las soluciones tradicionales del Asia Anterior.

En Palestina continuó un riquísimo desarrollo dentro del ambiente judeocristiano de los siglos IV a VI, según los estudios de Benoit, coincidiendo con un aumento de población y un alza de la riqueza (figs. 8 y 9).¹ Se trata de mausoleos magníficos, de grandes dimensiones y gran variedad de formas, cada uno de los cuales merecería una monografía detallada; es lástima que estén hoy tan olvidados y que apenas se citen en las obras generales. Uno de los mejores es la Torre de Jamlichus, formada por un basamento elevado, tres gradas y un elevadísimo prisma que remata en terraza, con un molduraje de inspiración jónica, como también los otros elementos ornamentales (fig. 8, I). Caso curioso es la tumba de Absalón, con pseudo-peristilo, cuerpo achatado, tambor, y coronada por un extraño aparaboloide de revolución, que forman en conjunto la más rara y pintoresca silueta; es también interesante la interpretación personalísima de los ornamentos jónicos, dóricos y egipcios de este monumento (fig. 8, II). Algunas de estas tumbas recuerdan con bastante pureza los viejos tipos fenicios; ejemplo es la de El Basach (fig. 8, III), cubo con alta pirámide truncada, que a nuestro parecer es de lo más bello dentro del tipo; más simple es la de Zacarías (fig. 9, I). El caso más complicado está en Hass; es el conocido por Tumba de Diógenes, con dos cuerpos, pórtico exástilo en el interior y peristilo en el de arriba, ambos de orden corintio (fig. 8, IV); el recuerdo egipcio aparece en la pirámide superior, y en los antepechos de los intercolumnios, que evocan los muros interrumpidos a poca altura de la época de El Amarna y de los últimos tiempos saítas y ptolemaicos. Por último, nos ha parecido hallar el origen de algunos sepulcros de esta región, semejantes a templetes, en la simplificación progresiva de los monumentos descritos, como en Dana, donde el peristilo se reduce a cuatro columnas que soportan la pirámide, trasladándose la cámara al basamento (fig. 9, II); el paso siguiente será la tumba de Olimpiana, también en Dana, con pérdida del basamento y la cubierta piramidal, que la reduce a un templete colocado sobre la tumba, que está excavada en el suelo (fig. 9, III), y que al simplificarse progresivamente debieron dar origen a esas columnas aisladas, tan evocadoras y pletóricas de serena soledad, que se colocaban junto a las sepulturas (fig. 7, IX), constituyendo verdaderas «abreviaturas monumentales».

Estos sepulcros, situados a veces en las afueras de las grandes ciudades

1. FRANÇOIS BENOIT, *L'Architecture*, t. II: *L'Orient Médiéval et Moderne*, París, 1912, pág. 41, y fig. 24 (iconografía muy interesante). GEORGES PERROT y CHARLES CHIEPIEZ, *Hist. de l'A. dans l'Antiquité*, París, 1887, t. IV; para la tumba de Absalón, v. págs. 278 y ss., y figs. 141-2 SAULCY, *Voyage autour de la Mer Morte; Atlas*, pl. XXVII. PIJOÁN, *Hist. del Arte*, pág. 151 y fig. 217. J. F. RÁFOLS, *Arquitectura de la Edad Antigua*, Barcelona, 1943, págs. 53 y ss., fig. 32. Hemos dado la bibliografía de muchos monumentos de la misma comarca en nuestra nota de la página 104.

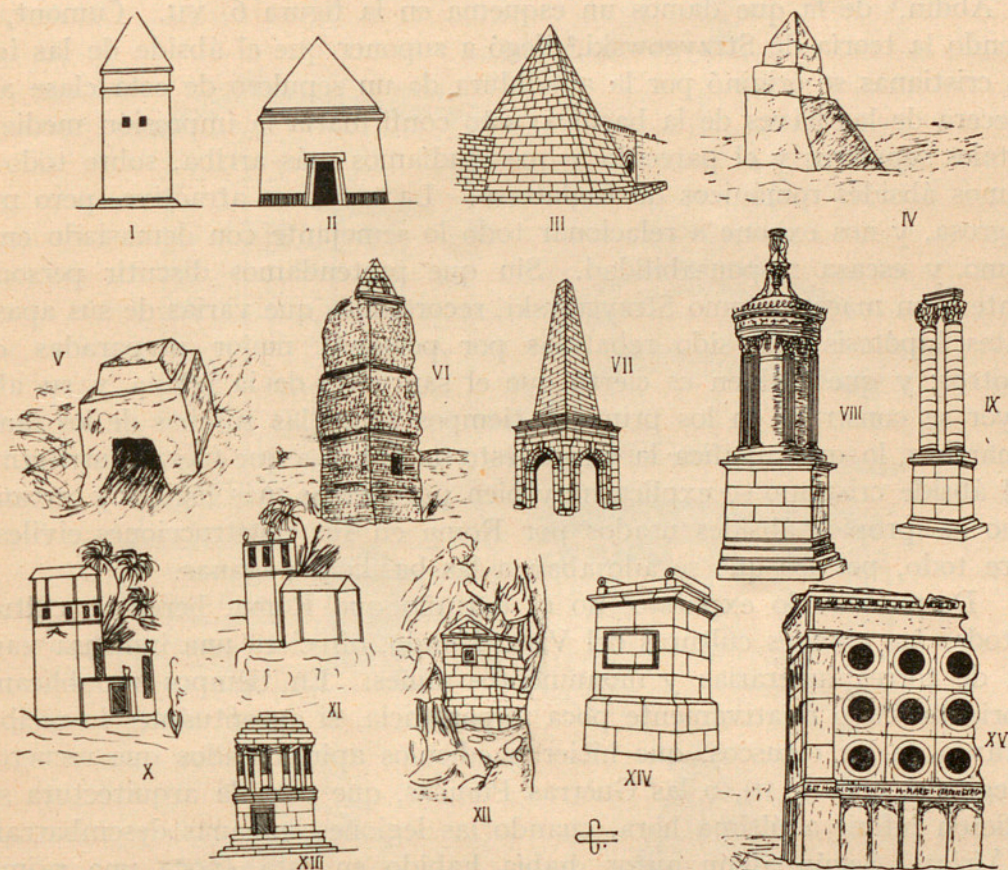


Fig. 7

I, Construcción turriforme de Tehuantepec. — II, Tumba etrusca en el Valle del Asso. — III, Pirámide de Cayo Sextio (Roma). — IV, Mojón en el Sahara francés. — V, Necrópolis de San Fructuoso, Tarragona: sepulcro con túmulo prismático-piramidal. — VI, Monumento de Pierrelongue (Bélgica). — VII, *L'Aiguille* de Vienne (Francia). — VIII, Monumento de Lisícrates, en Atenas. — IX, Tumba de Sermeda (Siria). — X y XI, Representaciones de pabellones en los estucos de una casa romana descubierta en los jardines de la Villa Farnesia (Roma). — XII, Casa turriforme en un relieve de la Columna Trajana (Roma). — XIII, Tumba Mylassa. — XIV, Reconstrucción de un ara funeraria monumental de Pompeya. — XV, Tumba de Eurisace (Roma).

(los de Absalón y Zacarías están en las inmediaciones de Jerusalén), son, como hemos visto, de marcado eclecticismo, con mezcla de dorio, jonio, corintio, púnico y egipcio, y a veces con extraños aparaboloides de revolución. Sugieren el ambiente de una época rica y de indecisión artística, como la que en el siglo pasado y principios del actual impulsó a nuestros arquitectos a decorar fachadas en estilo pseudogótico, con elementos clásicos y algún tema egipcio. Su aspecto trae involuntariamente a la memoria el recuerdo de algunas construcciones medievales de Occidente, aunque hoy sea muy difícil concretar relaciones directas. Su influencia llegó muy lejos; según S. Guyer, inspiraron la traza de la iglesia de 'Adhra, en Hak, en el

Tú 'Abdin,¹ de la que damos un esquema en la figura 6, VII. Cumont, siguiendo la teoría de Strzygowski,² llegó a suponer que el ábside de las iglesias cristianas se originó por la añadidura de un sepulcro de esta clase a la cabecera de las naves de la basílica; esto confirmaría la impresión medieval de tales sepulcros y el parecido a que aludíamos más arriba, sobre todo en algunos ábsides románicos de Inglaterra. La teoría es atractiva, pero muy peligrosa, y nos expone a relacionar todo lo semejante con demasiado entusiasmo y escasa responsabilidad. Sin que pretendamos discutir personalmente a un maestro como Strzygowski, recordamos que varias de sus apasionantes hipótesis han sido rebatidas por personas mejor preparadas que nosotros; y que si bien es cierto que el santuario de la iglesia y su altar mayor se construía en los primeros tiempos sobre las tumbas de los santos y mártires, lo que justifica la cripta, esto no obliga a que fueran turriformes; y el ábside cristiano se explica muy bien por formas más lógicas y cercanas, como los propios ábsides usados por Roma en sus construcciones civiles, y sobre todo, por los que se adosaban a las basílicas paganas.

Después de lo expuesto, no es extraño que Roma, heredera cultural de todas las grandes culturas del Viejo Mundo, ofreciera una inmensa variedad de torres funerarias y monumentos afines. En tiempos republicanos, lo oriental tuvo relativamente poca importancia, si exceptuamos lo recibido a través de los etruscos, que hicieron edículos apiramidados que recuerdan los egipcios (fig. 7, II), o las Guerras Púnicas, que para la arquitectura sólo pudieron influir a última hora, cuando las legiones romanas desembarcaron en África. Según algún autor, había habido en esta época una primera introducción del tipo, representada por la tumba de C. Publicio Bibulo (edil de la plebe, hacia los siglos II o I antes de J. C.), en el comienzo de la Via Flaminia (fig. 7, III), que después iría decayendo a consecuencia del auge de la incineración, para volver a popularizarse con el resurgir de los ritos in-

1. S. GUYER, *Le Rôle de l'Art de la Syrie et de la Mésopotamie à l'Époque Byzantine*, en *Syria*, t. XIV, París, 1933, págs. 56 y ss. Este artículo es muy interesante y recomendamos la bibliografía que da sobre el tema. Según este trabajo, el arquitecto de la iglesia se habría inspirado para su concepción en el modelo de panteón clásico formado por el prisma cubierto con pirámide.

2. Teoría de Josef Strzygowski, defendida por HEISENBERG, *Grabeskirche und Apostelkirche, zwei Basiliken Constantin's*, Leipzig, 1908, t. I, págs. 217 y ss. «Das christliche Altarciborium ist ursprünglich nicht anderes als ein Grab errichtet über dem Grab oder dem Reliquien des Martyrers oder Heiligen dem Altar gewerget war.» Esta teoría, que puede explicar muy bien la existencia de la cripta, por ejemplo, resulta débil para justificar *por sí sola* las formas absidiales cristianas. Pero es innegable que a la arquitectura siria de los primeros siglos de la Era pasaron muchísimos elementos de la pagana; es conocido el importante papel de las construcciones de aquella región en la génesis del arte bizantino y del románico; a veces sorprende el extraordinario parecido (aparentemente casi copias) que se aprecian entre obras tales como el ábside de la iglesia de San Simeón, en Kaiat Semán (Siria), y el de San Juan de Rabanera (Soria), y en menor grado con los laterales de la Colegiata de San Isidoro (León); y volviendo a los sepulcros, ha llamado nuestra atención la silueta de algún campanario románico que parece una versión de la que poseen ciertos grandes mausoleos de época tardía, como la tumba de Diógenes, en Hass (fig. 8, IV, cf. con la torre de *Earl Barton*, por ejemplo, WOERMANN, III, 152). Pero no hay que olvidar que, a pesar de todas las relaciones posibles y probables, el factor coincidencia tiene un papel muy importante, que debe actuar como freno de fáciles fantasías.

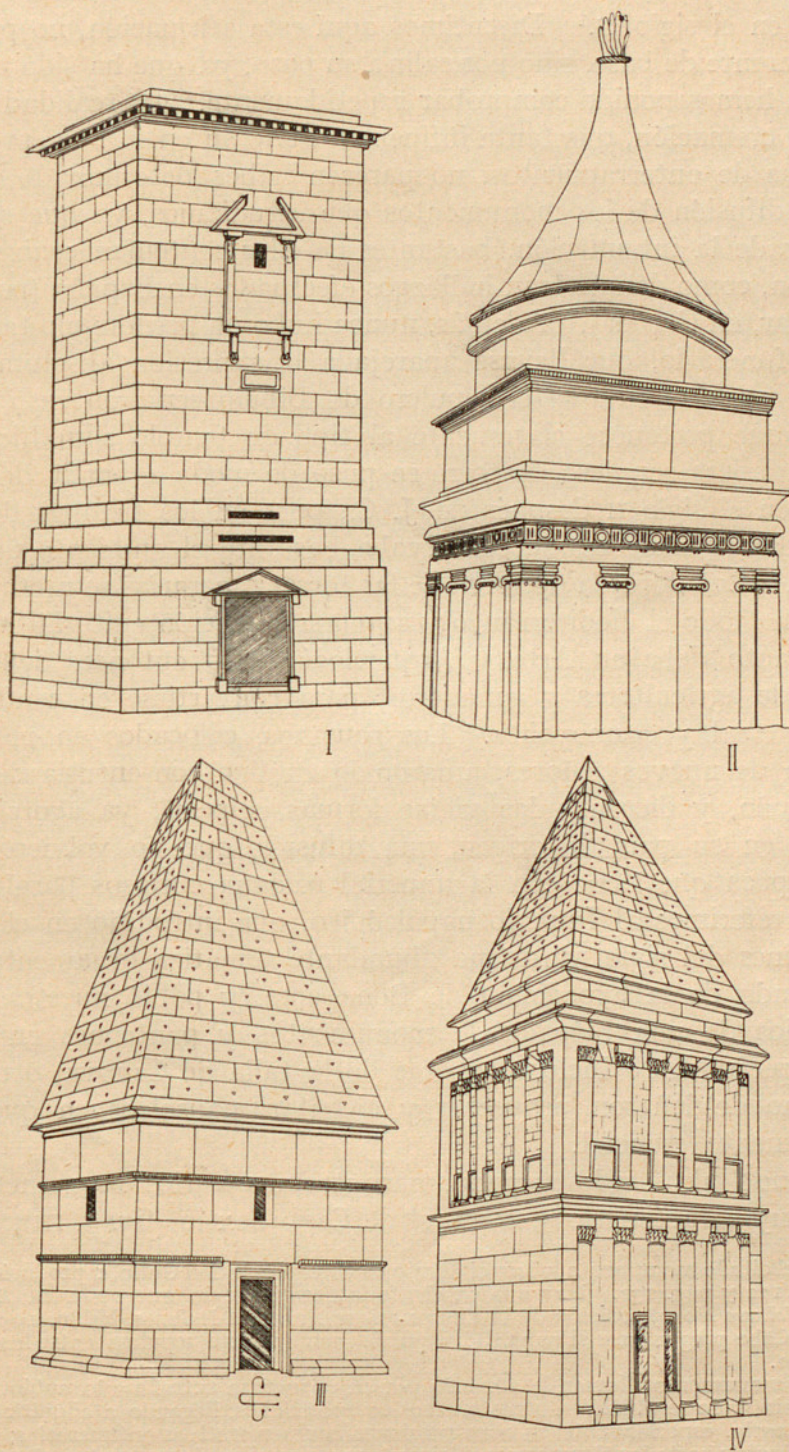


Fig. 8

I, Torre de Jamlichus. -- II, Tumba de Absalón. -- III, Tumba de El-Barach. -- IV, Tumba de Diógenes.

humatorios en el siglo II.¹ Discutimos aquí esta afirmación, no por su peso científico, carente de base, sino por salir a su paso, ya que ha sido muy divulgada, según hemos podido comprobar repetidamente. La realidad es que inhumación y cremación, que tanta influencia tuvieron en formas, proporciones y estructuras de enterramientos, no parecen haber determinado de manera absoluta la difusión de los monumentos que estudiamos, ya que si bien son más propios de la inhumación, bastantes de ellos contenían cenizas y restos de cremación, como demuestran hallazgos efectuados en España (por ejemplo, Lloret de Mar, en Gerona). Además, nunca hubo un predominio tan absoluto de un rito funerario, que llevase aparejada la supresión absoluta del otro. A esto hay que añadir que el sepulcro de Bibulo sería un caso aislado, y sobre todo que pertenece claramente al tipo de templo simplificado.

El verdadero sepulcro de torre se puso de moda a partir del Imperio, sobre todo en el siglo II después de J. C., pues en los tiempos de Augusto y sus inmediatos sucesores se conservaba bastante el ambiente de la época republicana.² La adopción decidida de las torres funerarias se produjo cuando Roma domina todo el Mediterráneo y aprende la lección cultural del Oriente, a la que tanto debe su Arte y Arqueología; sólo entonces dejará de ser un Estado de agricultores y ganaderos, para convertirse en centro de una cultura universal y cosmopolita. Los romanos, colocados en poco tiempo en situación de nuevos señores, amaron lo exótico con entusiasmo de ricos de nuevo cuño, y dieron a las viejas formas egipcias, ya agotadas y casi anacrónicas en su país de origen, una difusión que no volvieron a gozar hasta una época que tiene con la imperial romana curiosos paralelos históricos. Nos referimos al Imperio napoleónico, que introdujo en el Arte neoclásico de fines del siglo XVIII una abundante temática ornamental egipcia, como resultado de la expedición de Bonaparte, y pobló nuestras ciudades y cementerios de una pléyade de monumentos y panteones en forma de obeliscos y pirámides. Incluso artistas de la talla de Canova, o de nuestro Campeny, no desdeñaron proyectar y ejecutar mausoleos en que la pirámide es elemento esencial.

Volviendo al mundo romano, encontramos varios monumentos piramidiformes muy característicos, como el de Cayo Sextio (fig. 7, III), semejante

1. Para el citado monumento, véase el dibujo de Giuliano de San Gallo, reproducido en *Summa Artis*, t. v, fig. 172 y pág. 132. Hay una excelente fotografía de lo que resta en *Roma (Attraverso l'Italia. Volume Nono)*, edición de la *Consociazione Turistica Italiana*, Milán, 1941, parte primera, n.º 27. Cabe preguntarse si en realidad puede incluirse este sepulcro entre los turriformes. Creemos que no.

2. Estos monumentos llaman la atención por su estructura extraña a lo auténticamente romano, pero la pirámide se utilizó en otras muchas composiciones, llegando a adquirir una popularidad extraordinaria, especialmente en construcciones conmemorativas y funerarias; difusión que no volvería a adquirir hasta los tiempos neoclásicos (que tan mal supieron captar el espíritu auténticamente clásico), en que se prodigaron otra vez las pirámides para túmulos, monumentos (recuérdese el proyecto de Goya para las Víctimas del Dos de Mayo), tumbas (en este uso siguen hoy en nuestros cementerios), templetos provisionales para fiestas, etc.

a las pequeñas pirámides de los últimos tiempos egipcios; el monumento de Vienne, en las Galias (fig. 7, VII, y lám. I, A); y se populariza una forma de cipo y de urna que aparece desde Capadocia (fig. 6, VIII),¹ hasta Tarragona (fig. 7, v),² pasando por las Galias (fig. 5, v).³

El influjo griego se manifestaba mientras tanto en uno de los tipos de sepulcros monumentales más difundidos en Roma, el de templo, muy usado

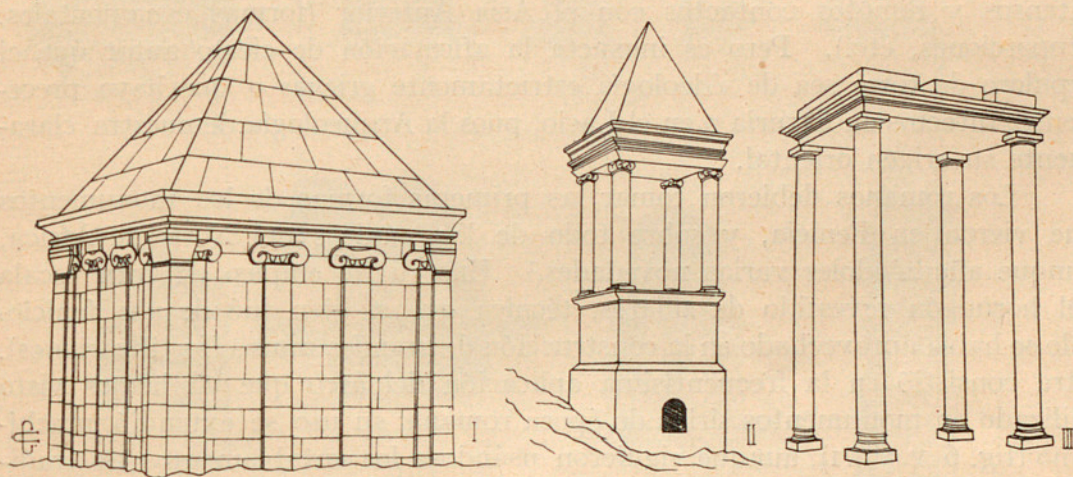


Fig. 9

I, Tumba de Zacarías. — II, Tumba en Dana. — III, Tumba de Olimpiana.

a causa del culto a los manes, y luego por la tendencia a glorificar los muertos. Se ha querido deslindar demasiado los límites entre estos sepulcros y los de torre; en realidad, los últimos están muy influenciados en Roma por los primeros, a lo que contribuyó la fuerte corriente helenística que se había introducido en el Imperio (no hay que olvidar que algunas ciudades, como Pompeya, eran más helenísticas que romanas). Hay casos, como el monumento funerario de Trion, trasladado hoy a Saint-Irénée,⁴ en que las proporciones son de torre, pero los elementos aislados pertenecen al templo. Así se llega a un tipo intermedio difícil de adscribir sin vacilaciones a un grupo concreto (fig. 10, VI). Grecorromano de espíritu es el de Agrigento (fig. 10, X,

1. Véase la urna capadocia publicada en *Syria*, t. VIII, 1927, lám. III, n.º 4. (*Rapport préliminaire sur les fouilles tchécoslovaques du Knetépe (1925), par Frédéric Hrozny, Prague*). En Oriente son muy abundantes estas formas; citaremos el cipo fenicio de *Kition*, publicado en el *Corpus Inscriptionum Semiticarum, pars I*, lám. VIII, fig. 44; también está reproducido en PERROT y CHIEZ, *Opus cit.*, pág. 385, fig. 203.

2. Véase la que publica Serra Vilaró en *Ampurias*, t. VI (Barcelona, 1944).

3. Como ejemplos, pueden citarse la urna cineraria del Museo de Clermont, reseñada por ESPERANDIEU, en *Recueil Général des Bas-reliefs de la Gaule Romaine*, t. II, pág. 402, número 1612; BOVILLET, *Statist.*, pág. 92 y lám. X, n.º 7, pág. 197; *Suppl.*, pág. 45, n.º 5; ALLMER, *Revue Epigra.*, III, pág. 110 (año 1891); y el *Corpus Inscriptionum Latinarum* (Hübner), t. XIII, n.º 1466; y el cipo del Museo de Aviñón: *Récueil*, t. II, pág. 453, n.º 1696; en Cadenet hay otro parecido: *Corpus*, XII, pág. 137, n.º 3.

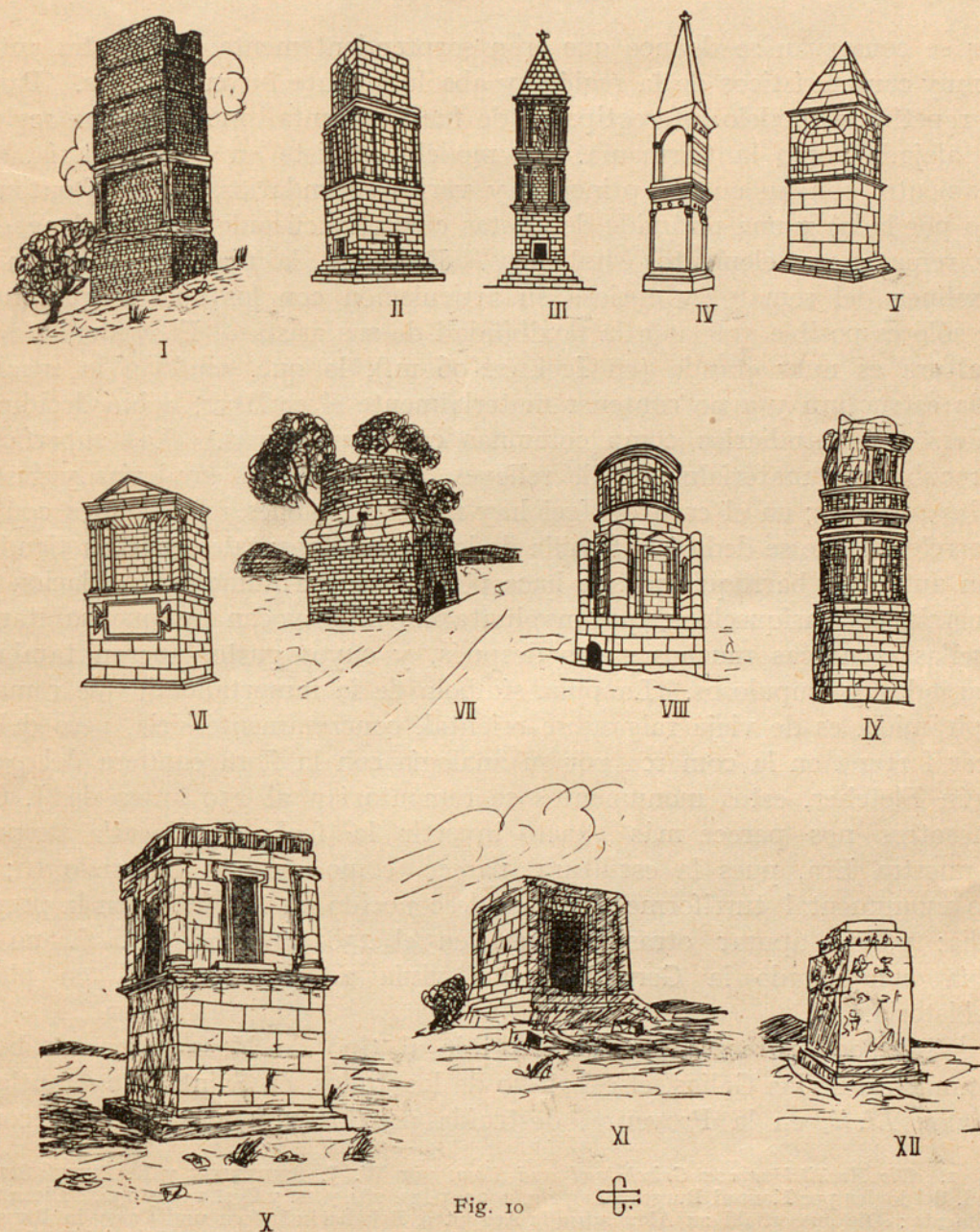
4. ESPERANDIEU, *Récueil*, t. XII, pág. 41, n.º 1799, con fotografía.

y lám. I, B), uno de los más bellos del tipo, que tantas semejanzas tiene con nuestra «Torre de los Escipiones» (Tarragona), aunque sus bellísimas formas dóricas, propias de un país fuertemente helenizado, superan con mucho las semibárbaras del nuestro. No hay que olvidar tampoco las aportaciones orientalizantes que penetraron a través de Grecia, que respecto a Roma ejerció a veces un papel de orientalizante de segundo grado, a causa de sus intensos y remotos contactos con el Asia Anterior (formas ornamentales, proporciones, etc.). Pero es inexacta la afirmación de cierto autor que el sepulcro de torre sea de «ideología estrictamente griega» o que haya precedentes directos en Etruria o en el Lacio, pues la Arqueología demuestra claramente su origen oriental.

Los romanos debieron tomar las primeras formas de los monumentos que vieron en Fenicia, y sobre todo de los púnicos del Norte de África, aunque añadiéndoles varias novedades.¹ Una fué el empleo en gran escala del hormigón revestido de sillares, técnica que si bien fué de uso fenicio, sólo se había aprovechado en la construcción de grandes muros (fortificaciones). Otra consistió en la frecuentísima aplicación del arco que ya hemos visto utilizado en monumentos sirios de época romana; su uso se extendió muchísimo (fig. 6 v y VI), aunque siguieron usándose los entablamentos de tradición griega (fig. 10), a veces a la romana, es decir, como simple decorado sin función constructiva y en combinación con el arco (fig. 4, I). La tercera innovación es la decoración figurada y vegetal; los sepulcros orientales y los de ideología griega, e incluso egipcia, no habían tenido hasta ahora más ornamentación que la puramente arquitectónica, como nacelas, escocias, dentículos, etc. (Dugga, Jamlichus, Absalón), o algunas esculturas de bulto añadidas al monumento, pero sin relación directa con sus paramentos (Tumba del León, Mausoleo de Halicarnaso) (fig. 3, XI y XII), sin contar que bastantes carecieron de todo ornato, confiando su valor estético a las proporciones y a la composición de las figuras geométricas que los formaban, como en algunos *meghazil* de Amrit. Pero los romanos decoraron los mejores monumentos con estatuas adosadas, íntimamente unidas a la arquitectura; y, sobre todo, tallando los paramentos en forma de relieves de todos los grados, llegando a veces a tal punto en cantidad y barroquismo, que la decoración escultórica, con sus numerosas escenas de la vida actual y futura, históricas y mitológicas, llega a ser lo más interesante del monumento (fig. 4, I y III, y lámina II, A y B).

Así era un conjunto importantísimo que podemos llamar tipo de Neumagen, en la Germania. No eran verdaderos sepulcros, sino cenotafios; hoy están destruídos, y sólo quedan algunos elementos. Por fortuna resta

1. FRANÇOIS BENOIT, *L'Architecture. Antiquité*. Sobre el aparejo, v. págs. 472 y siguientes. Son interesantes las noticias de las págs. 469 y ss. (fig. 313) y págs. 163 y ss.



I, *Il Pilon* de Albenga (Italia). — II, Sepulcro turriforme romano del Norte de África. — III, *Idem*. — IV, Sepulcro de Ghizza (Tripolitania). — V, Tumba de Henchir-en-Naam (Túnez). — VI, Mausoleo de Haïdra (Túnez). — VII, «Tumba de Virgilio», en la *Via Appia*. — VIII, Otra de las tumbas de la *Via Appia*. — IX, Mausoleo de Aix (Francia). — X, «Tumba de Terón», en Agrigento (Italia). — XI, «Oratorio de Falaride», en Agrigento. — XII, «Tumba de Séneca».

uno solo, magnífico por cierto, de este personalísimo tipo de monumento, tan abundante antaño en la comarca de Tréveris : es el de la familia de los Secundinos, cerca de Igel (fig. 4, III, y lám. II, A). Por los dibujos que de

ellos se conservan se deduce que eran sorprendentemente semejantes entre sí, muy característicos de la región, y absolutamente inconfundibles. Parecen repetir un modelo estereotipado, de fuerte orientalismo para una región tan alejada como la Germania. El modelo consiste en una gradería, un basamento, con un cuerpo principal y varios secundarios, cuatro frontones (uno por lado) y una pirámide de aristas curvas y cúspide muy prolongada, que remata con elementos simbólicos. Es típica la pirámide panzuda y curvilínea del remate, y curiosa su articulación con los cuatro frontones, que sólo es posible gracias a la flexibilidad de sus aristas. El predominio de la altura es muy grande (en Igel, 22'96 m.), lo que, unido a lo macizo de la estructura y a no contener materialmente el cadáver, debió decidir a Anderson a estudiarlos como columnas conmemorativas.¹ Las superficies se recubrieron materialmente de relieves, incluso en las graderías y fustes de las pilastras; en el caso de Igel hay representaciones relacionadas con el comercio, al que se dedicó la familia de los Secundinos; tales relieves tienden a un auténtico barroquismo que hace pensar en una numerosa población de comerciantes enriquecidos, que involuntariamente evocan los que habitaron aquellas comarcas muchos siglos después, y cuyos gustos fueron también recargados y ampulosos. La piña, símbolo de la inmortalidad, que remata la pirámide, es de vieja raigambre oriental, concretamente siria, pero debió hacer fortuna en la comarca por su analogía con la flora conífera del país. Según Fletcher, estos monumentos se remontarían al 250 antes de J. C.;² a nosotros nos parece más exacto invertir la fecha y colocarla después de nuestra Era, pues la escultura parece como mínimo del siglo III; el tipo monumental turriforme era casi desconocido en tal fecha en la propia Italia; y, sin apurar otras razones, en el 250 antes de J. C. no se había conquistado la Germania, que vivía a la sazón casi en plena Prehistoria.

Tampoco parece acertado adscribir al tipo de Neumagen un bello monumento de las Galias, el cenotafio de los Julios, en Saint-Remy (antigua *Glanum Livii*, en la Provenza, destruída por los visigodos en 480), como

1. *Die Architektur von Griechenland und Rom*, por W. J. ANDERSON y R. PHENÉ SPIERS (trad. del inglés por Konrad Burger), Leipzig, 1905, págs. 284 y ss. y figs. 153, y 154. Dicen textualmente: «Die ausserhalb zu Alexandria in Aegypten, Brindisi in Italien und Cussy in Burgund errichteten Säulen haben keinen besonderen architektonischen wert, aber es gibt zwei Denkmalsbauten, die erwöhnt werden müssen. Das erste...» (descripción Igel, etc.).

2. Bibliografía para el monumento de Igel y el grupo de Neumagen: B. FLETCHER, *Opus cit.*, t. I, 195; *Historia del Arte* (Ed. Labor), t. III, 696; BENOIT, *Arch. Antiquité*, pág. 330; SALOMÓN REINACH, *Répertoire d'Estuaire*, t. I, 167; KLINKENBERG, *Bonner Jahrbucher*, CVIII-CIX, 1902, págs. 107 y ss.; ESPERANDIEU, *Recueil*, t. VI, págs. 437-60, con magníficas fotografías y abundante bibliografía. Obra imprescindible es la de FÉLIX HETTNER, *Die Neumagen Monumente*. Para el grupo de Neumagen es fundamental la obra últimamente citada, t. VI, páginas 371 a 406, y también pág. 420; además de un buen estudio, publica veintisiete reconstrucciones muy bien hechas y una bibliografía que en su época agotó lo publicado. Hay que prevenir que J. FOLCH Y TORRES publica el monumento de *Saint-Remy*, y al lado el de Igel, éste con la topografía falsa de Adamklsí (*Resumen de la Historia General del Arte*, Barcelona, 1928, t. I, pág. 384).

hacen Anderson y Fletcher. Este monumento provenzal (fig. 4, I, y lámina II, B) parece en cierto modo semejante a algunos mausoleos sirios y del Norte de África (fig. 6); pero también cabe pensar en otro cruce de formas, en este caso entre el arco triunfal de cuatro entradas (Capera, en la Oliva; Jano Cuadrifrote, en Roma; Tebessa y Trípoli, en el Norte de África), situado sobre un basamento, y sosteniendo sobre las arcadas un templete de origen helénico. Hay ejemplos claros de estos cruces, o yuxtaposiciones, entre formas monumentales, como demuestra la famosa *Aguille* de Vienne (fig. 7, VII, y lám. I, A); de otra manera resultaría inexplicable y absurdo ese monumento funerario en forma de un arco triunfal poco corriente, y rematado por una altísima pirámide.¹

El afán de recordar en el sepulcro la vida y profesión del difunto produjo monumentos muy curiosos; el más conocido es el mausoleo de Eurisace, frente a la *Porta Maggiore*, en Roma, que se aproxima, por su carácter, al tipo turriforme, aunque sin pertenecer propiamente a él; no bastó representar en la ornamentación de su friso las escenas de fabricación del pan, a que se dedicó el finado, sino que todo el sepulcro imita un horno para cocer ese alimento (fig. 7, XV, y lám. III, A).

Hubo en Roma otra serie de sepulcros turriformes que alcanzó gran monumentalidad, y que en su distribución de masas acaso tenga también precedentes en Fenicia (fig. 2, IV y V). Consiste en un prisma rectangular, sobre el que se coloca un cilindro, de origen fálico o puramente arquitectónico. Formas semejantes, aunque más evolucionadas y nunca con fin funerario, se dieron en Grecia (fig. 7, VIII). En ocasiones derivaron hacia el templete propiamente dicho, pero que en otras aumentan en pesadez.² De esta disposición fundamental se derivarían formas como la llamada «Tumba de Virgilio» (fig. 10, VII), cuya parte superior parece más bien un cono a juzgar por el dibujo que en 1737 hizo Jacobo Grenovio; también una de las numerosas tumbas de la *Via Appia* (fig. 10, VIII, y lám. IV), ésta con unos complicados contrafuertes y numerosos elementos arquitectónicos. El ejemplo más acabado es un mausoleo que existió en Aix, hoy derruido, pero que conocemos por dibujos, al que puede aplicarse como a pocos el calificativo de turriforme, ya que era una auténtica torre, cuya silueta evoca mucho la de nuestros campanarios cristianos, y, con un poco de imaginación, el *Cam-*

1. Bibliografía para el cenotafio de *Saint-Remy*: Bien publicado y con abundantes referencias bibliográficas en ESPERANDIEU, *Recueil*, t. I, págs. 88 y ss., allí puede ampliar el lector considerablemente nuestra nota; NOACK, *Baukunst*, lám. 146; BENOIT, *Architecture*, I, 195; ANDERSON, *Die Architektur*; *Hist. Arte*, Labor, t. III, 563.

2. CUMONT, *Opus cit.*, comparte algunos puntos de esta teoría (cap. VI), pero es demasiado aventurado adscribir al tipo de torre ciertos monumentos, como el sepulcro de *Cecilia Metella*, que si bien pueden estar en parte relacionados con él, han recibido influencias demasiado importantes de otro origen, capaces de diferenciarlos. De todas formas, la sepultura circular ha seguido una evolución paralela a las de planta cuadrada y poligonal (CUMONT, *Opus cit.*, pág. 218; SAGLIO-POTTIER, *Dict.*, art. *Sepultura*, págs. 1213 y 1233; GSELL, *Opus cit.*, pág. 97; etc.).

panile de Pisa (fig. 10, IX).¹ Lo que ya no es tan fácilmente admisible es que el gran sepulcro circular, y algunos trofeos del mismo tipo, como la *Moles Hadriana* en Roma, el sepulcro de los Plauzi (lám. v, A), o el monumento de Trajano en Adam-Klissi, sean del mismo tipo. Estas disposiciones, a pesar de la autorizada opinión de Cumont, que los incluye entre los sepulcros turriformes, están consideradas, por la mayoría de los arqueólogos, como tipo aparte, expresión última y monumental del túmulo primitivo, con infinidad de precedentes remotos en la Prehistoria e inmediatos en lo etrusco (lám. v, A).

Pero al lado de formas tan alejadas, se mantuvo siempre el tipo tradicional de basamento, prisma o prismas superpuestos y remate piramidal. Grandes cipos funerarios de esa forma se representan a veces en relieves de sarcófagos (fig. 5, VI duplicados, y VIII); se conocen también ejemplares sueltos (fig. 5, VII), o se reproducen en urnas cinerarias (figs. 5, v; 6, VIII; 7, v).² En forma monumental los encontramos muy difundidos por todo el mundo romano; ejemplo muy conocido es el llamado con un nombre muy acertado que define su tipo; nos referimos a *Il Pilone*, de Albenga, en Italia (fig. 10, I, y lám. III, B). Es éste el monumento funerario más bello de la comarca, en una elevación del terreno, el *Monte San Martino*, que le da un aspecto tan pintoresco como el de nuestra Torre de los Escipiones. Mide en la base 3'40 × 2'65 metros y 8 de elevación. Existe la duda de si tuvo carácter religioso. A pocos kilómetros de Albenga, y hacia el interior, se encuentran las ruinas de otro monumento del mismo tipo, que los naturales llaman *Torre dei Saraceni*; produce una extraña sensación de españolismo, incluso en el nombre, que demuestra una vez más la unidad cultural de estas tierras de la costa mediterránea; si es falso que la hicieran los musulmanes, no sería extraño que a ellos se deba su destrucción. Sus dimensiones son modestas; tiene en el cuerpo superior una cámara abovedada semejante a la del mausoleo de Vilablareix (Gerona). Ambos monumentos han sido restaurados modernamente con todas las garantías de exactitud arqueológica. Del tipo tradicional son también los de la figura 10, II a v. En las Galias dieron origen a un tipo de monumento conmemorativo muy interesante, que llega hasta la Bélgica actual; consiste en un enorme pilar rec-

1. El n.º IX es un mausoleo que estaba en el patio de la Audiencia de Aix, pero fué destruido en el siglo XIX; hoy quedan de él un dibujo antiguo y un modelo que existe en el Museo de la ciudad; no era éste el único mausoleo que hubo en aquella población. Sobre los tres llamados del *palacio de los Condes*, véase los dibujos y la buena bibliografía de Esperandieu en *Recueil*, t. I, págs. 75-6; consúltese, asimismo, RENÉ MENARD y CLAUDE SAUVAGEOT, *Los pueblos en la Antigüedad*, t. III, Grecia y Roma.

2. Los relieves de los sarcófagos suelen aparecer en los que pertenecen al ciclo mitológico de Meleagro; ejemplos son los publicados en la figura 5, VI duplicado y VIII; el primero está en Roma, *Villa Massini* (C. ROBERT, *Die Antiken Sarkophag-reliefs*, Berlín, 1890, t. III, 2.ª parte, LXXX, 234-b); el segundo, en Florencia, *Uffizi* (*Opus cit.*, t. III, 2.ª, LXXXIV, 248-a). Para urnas y cipos pueden verse nuestras notas números 1, 2 y 3 de la página 111. Interesante es el cipo publicado por F. CUMONT en *Recherches sur le Symbolisme Funéraire des Romains*, París, 1942, lámina XVII, n.º 4 (procede de las excavaciones de Vésone; Museo de Périgeux).

tangular acabado en pirámide, macizo las más de las veces, sin ningún vano, y aparejado totalmente en ladrillo (fig. 7, VI).¹

Este tipo simple cuenta en el Norte de África con numerosos ejemplares de época romana. Son los aludidos por Schulten, al hablar de una numerosa serie de construcciones : «la mayor parte tienen forma cuadrada, diversos pisos y cubierta piramidal; comparables a los monumentos de los Julios y Secundinos. Los árabes los llamaron minarettes, por su forma» (figs. 11,

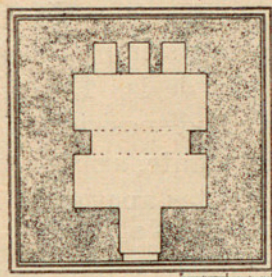


Fig. 11

Planta del mausoleo de
Mdaourouch (Argelia)

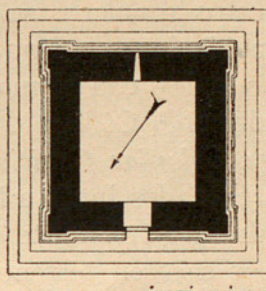


Fig. 12

Planta del mausoleo de
Morsott (Argelia)

12 y 13 y láms. v, B, y VI).² Los tipos piramidales debieron su extraordinaria difusión a lo natural de la idea que representan; ya dijimos que hasta en América se hicieron, con absoluta independencia y sin la menor relación con los nuestros. En la figura 7, IV, publicamos un mojón moderno en el Sahara, que deriva de esas formas, que siguen usándose hoy en nuestros cementerios. Por su misma sencillez, es difícil separar en estas formas las verdaderas influencias de las evoluciones coincidentes. En el mundo romano el mausoleo de torre se vió muy reforzado por la idea de «casa del muerto», tan desarrollada como consecuencia del culto familiar a los antepasados; precisamente, cuando se representaban casas esquematizadas en cualquier superficie, las dibujaban muy elevadas, acercándolas a un esquema turriforme (figu-

1. Bibliografía para Liguria : D'ANDRADE, *Relazione dell' Ufficio per la conservazione dei Monumenti*, pág. 118; DONNADIEU, *La Pompéi de la Provence, Fréjus, Forum Julii*, París, 1927. Lo más completo publicado hasta la fecha es : NINO LAMBOGLIA, *Per l'Archeologia di Albingaunum*, Albenga, 1934. — Para Francia y Bélgica : ALBERT GRENIER, *Manuel d'Archéologie Gallo-Romaine*, París, 1934; segunda parte : *L'Archéologie du sol*, págs. 215 y ss., fig. 74, interesan también para nuestro estudio las figuras 75 y 76 (éste de Igel), y la bibliografía publicada; llama la atención que los relacione con los monumentos derivados sin duda de ninguna clase del tipo de túmulo circular. Ph. LAUZUN, *Inventaire Général des Piles Galloromaines du SO. de la France (Bulletin Mon., 1898, págs. 5 a 68)*; M. MORTET, *Bulletin Mon., 1898, págs. 534 a 550*; *Pierrelongue et la Question de les Piles*. BARDIES, *Contribution a l'Étude des Piles Gallo-Romaines, Union Hist. et Archéol. du SO. (Congrès d'Auch, 1910)*. R. CAGNAT et V. CHAPOT, *Manuel d'Archéologie Romaine*, t. I, París, 1916, cap. XIII (págs. 268 y ss., fig. 138); para monumentos de torre en general; cap XVI, págs. 346 y ss., reproducciones interesantes en figuras 185, 186 y 187.

2. A. SCHULTEN, *Römische Afrika*; véase también nuestras notas 10 y 14 a 16; en *Nord-afrika*, además de la reproducción de la pág. 95, deben verse las 103 y 181.

ra 7, x y xi). Lo que esto pudo pasar puede imaginarse comparando la figura 7, x, xi y xii con la 5, i.¹

Otra forma mixta es la compuesta con el ara. Algunas de estelas funerarias no servían, por su tamaño, para hacer sobre ellas los sacrificios normales (fig. 7, xiv). A veces su altura y proporciones las acerca a la idea de pequeñas torres, sobre todo cuando se colocaban sobre altos basamentos que a su vez reposaban encima de monumentales graderías, como sucede en la «Avenida de las Tumbas», de Pompeya.

Todos estos sepulcros se colocaban en lugares muy diversos, siempre fuera de las poblaciones, ya que lo contrario estuvo siempre terminantemente prohibido por la ley con el mayor empeño: Ley de las Doce Tablas,² Rescripto de Adriano,³ Código de los Decenviros,⁴ disposiciones imperiales y la misma *Lex Coloniae Genitivae*;⁵ hubo, no obstante, contadas excepciones honoríficas. Situados junto a las vías, daban a éstas apariencia monumental, y eran recordatorio constante del difunto.⁶ En España debieron tener gran aceptación por caer en terreno propicio desde tiempos muy remotos a todo lo oriental. A pesar de eso, si no aceptamos una destrucción sistemática, cabe creer que no tuvieron aquí gran monumentalidad, menos en algunos casos aislados.

Aunque resten relativamente pocos ejemplares, de las ruinas y de los textos literarios se deduce que debieron ser abundantísimos. Geográficamente abarcan una zona muy bien definida: la totalidad de la costa mediterránea y el principio de la atlántica (Ampurias-Cádiz), o sea, la más intensamente sometida a los influjos culturales del *Mare Nostrum*, con algunos ejemplares más al interior, territorios de gran personalidad histórico-arqueológica, y que en parte coinciden con el área de dispersión de los hallazgos de figuras lla-

1. Una selección importante de sepulcros romanos en MARQUARDT, *Das Privatleben der Röm. Handbuch*, Leipzig, 1886, vol. VII, parte I, págs. 340 y ss. Sir B. FLETCHER, *Opus cit.*; COSSÍO-PIJOÁN, *Summa Artis*, t. v, fig. 284 y pág. 210; CAGNAT, *M. d'Auch*, t. I, fig. 367, pág. 703. GERHART RODENWALD, *Historia del Arte*, t. III, 597 (Editorial Labor, Barcelona, 1931). J. PUIG Y CADAVALCH, *L'Arquitectura Romana a Catalunya*, Barcelona, 1934, págs. 127 y ss., figs. 130 a 134.

2. A pesar de todas las prohibiciones, había alguna excepción; por ejemplo, gozaban de ella las vestales, que disfrutaban de honores que hoy nos parecen exorbitantes; también se enterraron dentro de los recintos a personajes muy importantes, como Augusto, Pansa, etc. La Columna Trajana tiene en el basamento una especie de capillita para la custodia de las cenizas del Emperador. Todo esto obedecía a razones higiénicas, a veces casi exageradas. Entre muchas obras pueden consultarse: MARQUARDT, *Opus cit.*; MONSEN y MARQUARDT, *Manuel des Antiquités Romaines*, t. XIV; SAUVAGEOT, *Opus cit.*; interesantísima es la obra de HUGO BLÜMMER, *Die Römischen Privataltertümer*, Munich, 1911.

3. *Digesto*, XLVII, 12, 3, 5.

4. El Código de los Decenviros ordenaba claramente que *hominem mortuum in urbe ne sepe-lito neve urito* (CICERÓN, *De Legibus*, II, 23, 58).

5. *Nequis intra fines oppidi coloniaeve, qua aratro circumductum erit, hominem mortuum inferio, neve ibi humato neve urito neve hominis mortui monumentum aedificato*.

6. Los romanos tenían un concepto muy diferente que el nuestro de la muerte, como de la moral; para ellos no existía ese sentimiento de dolor y casi repugnancia que nos inspira a nosotros. No hemos dado en las notas de este apartado más que una ínfima parte de la ingente bibliografía sobre costumbres funerarias romanas, pero lo que queda anotado puede servir como primera guía para cualquier ampliación.

madas *Attis funerarios*. Considerando que la «Torre de los Escipiones», de Tarragona, es la más interesante y monumental de la Península, tratamos ya de ella en capítulo aparte. Ahora haremos una descripción somera del resto de los sepulcros españoles.

Empezaremos por el Norte. Cerca de las ruinas de Ampurias existe un curioso monumento, cuya descripción cedemos a la pluma de Pella y Forgas¹: «Antes de dejar los campos... de la que fué gran ciudad..., se sube a una pequeña meseta, que separa el gran collado de Ampurias al sudoeste, para ver los restos y paredones de una fortaleza avanzada...; túvola la ciudad para dominar las sorpresas de enemigos, porque era allí el paso por donde entraba y venía todo el Ampurdán. Las ruinas dibujan en el suelo un cuadrado de 50 m. de lado, que era el recinto del



Fig. 13. — Mausoleo de Akbou (Argelia)

fuerte; y en su centro queda en pie un grandísimo cubo (5 m. de lado) que sostenía, como en las murallas de Ampurias, la obra de la torre de madera... Estas son todas las señales del castillo, todavía hoy llamado Castellet, sin otros indicios ni recuerdos.» La topografía y descripción de los restos son exactas, no así la interpretación, ya que estas ruinas están aún sin excavar, y todo cuanto pueda decirse antes de conocerlas a fondo es demasiado inseguro. Se trata, desde luego, de un núcleo de hormigón, de tipo romano corriente, que sin duda estaba recubierto por sillares, como demuestran las improntas y una piedra que permanece *in situ*; también es indudable su clasificación como basamento de una construcción turriforme, que por lo que resta debió tener proporciones parecidísimas a la Torre de los Escipiones, de Tarragona. El muro rectangular se aprecia claramente en algunas partes y se adivina en otras; ha quedado una pequeña parte al descubierto (hendida hasta los cimientos en una pequeña extensión), a consecuencia de unas zánjas hechas con fines militares durante la guerra civil. Su profundidad no es grande. Aunque domine el camino (relativamente), no produce la impresión de obra estratégica. Provisionalmente nos inclinamos a creer en un destino funerario; el hecho de estar circuida por un muro, no se opone a ello, antes bien, han existido sepulturas rodeadas por otras construcciones; ejemplo asiático es la *Tumba de Ciro*, en Pasargadas (se conservan restos de un

1. PELLA y FORGAS, *Historia del Ampurdán*, pág. 207.

peristilo que existía a su alrededor); además, en el mismo *turó* y a poca distancia existe una necrópolis que parece de la misma época. Mérida consideró el *Castellet* como trofeo de esta necrópolis, cosa ya más razonable;¹ una de las guías de Ampurias,² al hablar de esta colina, dice que las sepulturas son de cremación, formando pequeñas cámaras circulares o rectangulares con restos de la pira y diverso utillaje, además de algunos basamentos de piedra, todo ello del siglo II, y se inclina a creer mejor que en una necrópolis normal, desarrollada con las defunciones naturales, que en un cementerio militar que hubiera recogido las víctimas de la gran batalla de los tiempos de Catón, representando en tal caso la construcción en forma de torre el monumento conmemorativo de tal acontecimiento (al que atribuye la altura de 3'10 m.). Puig y Cadafalch se decide también por la atribución funeraria.³

Se encuentra otro ejemplar en la misma costa, mucho más abajo, en las inmediaciones de Lloret de Mar. A Botet y Sisó se debe una monografía muy detallada, cuyo interés ha aumentado por la desaparición de gran parte del monumento; lo poco que resta amenaza una ruina total y muy próxima.⁴ Era una torre de tres cuerpos: base, torre propiamente dicha y terraza; la primera, maciza y con tres hiladas de ladrillos sobresalientes y en degradación; la segunda es parecida, más alta y termina en otras tres filas de ladrillos; el cuerpo superior era una especie de terraza, con alto antepecho, y se abría hacia el Sur. En el centro de la torre existió una pequeña cámara; era casi cuadrada, y el basamento tenía un adorno de tejas. La construcción, pobre y poco sólida, debió sufrir bastante con el tiempo, pero a partir de las excavaciones del señor Botet, los «buscadores de tesoros» precipitaron su ruina.⁵ Hoy sólo queda el ángulo, y en situación verda-

1. JOSÉ RAMÓN MÉLIDA, en *España Romana*, Madrid, 1935, pág. 648 (tomo II de la *Historia de España*, que dirige Menéndez Pidal). El señor Mérida se ocupa también de este monumento en su *Arqueología Española* (Col. Labor, n.º 189-90), Barcelona, 1929, pág. 318; y en *Monumentos Romanos de España* (Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística), Madrid, 1925, pág. 134.

2. BOSCH GIMPERA, J. de C., SERRA-RÁFOLS, ALBERTO DEL CASTILLO, *Emporion* (*Museu d'Arqueologia de Barcelona*, 1934, pág. 31).

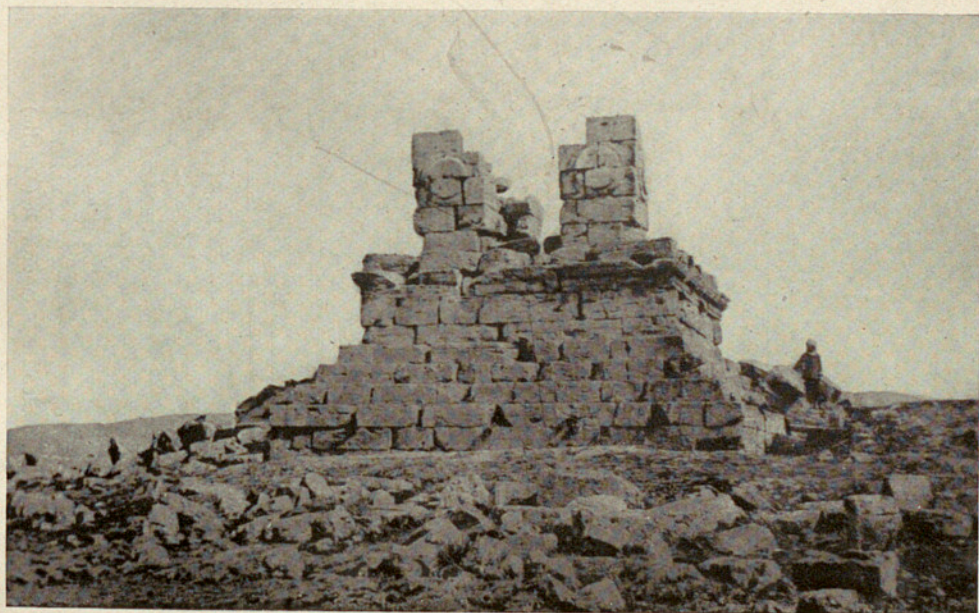
3. J. PUIG Y CADAVALCH, A. DE FALGUERA, J. GODAY, *L'Arquitectura Romànica a Catalunya*, Barcelona, 1908, t. I, pág. 75 y fig. 65; del mismo, *L'Arquitectura Romana a Catalunya*, Barcelona, 1934, pág. 142, fig. 164. Véase también el tomo I (*España Primitiva y Romana*) de la *Historia de España*, dirigida por L. Pericot García (Editorial Gallach, Barcelona, 1934, pág. 561).

4. PUIG Y CADAVALCH, *A. Romana*, pág. 141 y figs. 161 a 163; *A. Romànica*, I, pág. 74, figs. 61 a 63 (con dos plantas). J. R. MÉLIDA, *Arqueología Española*, pág. 318; *Monumentos Romanos de España*, pág. 133. A. DEL CASTILLO, *La Costa Brava en la Antigüedad, en particular la zona entre Blanes y San Feliu de Guixols* (*Ampurias*, t. I, Barcelona, 1939), pág. 233, fig. 11 (alzado) y 12 (planta). L. PERICOT, *Opus cit.*, pág. 561. JOAQUÍN PLA CARGOL, *La Provincia de Gerona* (*Biblioteca Gerundense de Estudios e Investigaciones*), Gerona, 1945, pág. 312.

5. Son dos manías populares el llamar y creer *torres de los moros* a estos monumentos en Cataluña (menos el de los Escipiones), y suponer que en ellos hay o ha habido tesoros, lo que ha sido causa de excavaciones privadas que han estropeado los hallazgos y a veces los mismos sepulcros. Las cosas se han complicado a veces por las chanzas de algún guasón. En *El Correo Catalán* del jueves 27 y sábado 29 de agosto de 1891 se dan algunas noticias raras y se habla con toda seriedad de una urna funeraria encontrada en el sepulcro de Lloret, que luego resultó obra de un *bromista arqueológico*. Al tiempo que rectificamos este error, queremos advertir que en la



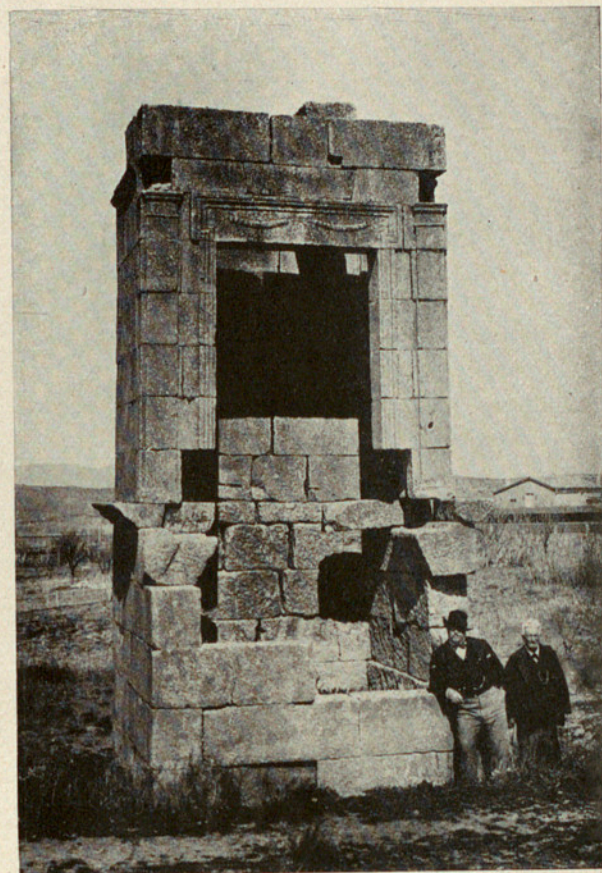
A) Monumento de los Plauzi, cerca del puente Lucano,
en la *Vía Tiburtina* (Italia)



B) Mausoleo de Khroub (Argelia)



A) Mausoleo de Mdaourouch (Argelia)



B) Mausoleo de Lambesa (Argelia)

deramente lamentable. En lo que se sostiene se aprecia muy bien la estructura del aparejo, muy sencillo, que consiste en piedras del propio terreno unidas y formando una especie de hormigón grueso; las de fuera son algo mayores, y fueron groseramente pulidas por la parte exterior; las hiladas, si tal nombre es aplicable, son sumamente irregulares. De la gruesa capa de enlucido que cubrió las paredes se aprecia aún un buen trozo; tomando los ladrillos por alma, debió formar las molduras de separación entre los cuerpos. Hay que rectificar la situación que le atribuye Botet y Sisó¹: el monumento se encuentra hacia el Nordeste (fuertemente inclinado hacia el Norte), y no al Este de la población (ocupado por el mar). Para encontrarlo debe seguirse la carretera en dirección a Tossa, y a su izquierda, unos treinta pasos antes de llegar al paseo arbolado que desciende hacia la playa, se encuentra un camino de herradura que conduce al monumento, que está emplazado en la horquilla de una bifurcación. Como en otros tantos casos, también en las inmediaciones de este sepulcro se encontraron restos humanos y algún material.² Respecto a la fecha, el señor Botet y Sisó, basándose en el rito de incineración al que pertenece el monumento, y afirmando que no la hubo desde los tiempos florecientes de la República hasta principios del siglo III, lo hace anterior a dicha fecha. A esto hay que objetar que no es rigurosamente exacta la última afirmación, que la incineración coexistió frecuentemente con la inhumación, y que respecto a la cronología y pueblos que usaron la una o la otra en Cataluña no tenemos aún hoy día una noción completamente segura. Pero del estudio de los restos parece desprenderse que debió construirse muy a finales del siglo II.

En la misma provincia, pero ya más al interior, a unos 6 Km. de la capital y cerca de Vilablareix, existe otro sepulcro de torre. Nuevamente tenemos que hacer otra aclaración topográfica, ya que no es fácil encontrarlo con las referencias que suelen darse. Hay que salir de Gerona por la carretera de Santa Coloma de Farnés hasta llegar a un pueblo que en el

España Romana (J. R. MÉLIDA) se publicó una fotografía de este monumento (fig. 443) con un pie equivocado, que la atribuye al de Aiguaviva (cita de esta foto al hablar del sepulcro en la página 648); se trata, naturalmente, de un error de imprenta.

1. El trabajo más completo sobre este sepulcro lo publicó el señor BOTET Y SISÓ, con el nombre de *Monumento Romano de Lloret, Villa de la Provincia de Gerona*, en el *Boletín* de la Real Academia de la Historia, t. XX, Madrid, 1892, págs. 218 y ss. El mismo autor lo publicó en la *Geografía General de Catalunya*, dirigida por Carreras y Candi (*Provincia de Girona*), pág. 990, con una fotografía de las excavaciones que se practicaron. La noticia del descubrimiento la dió en *Revista de Gerona*, junio 1891, pág. 223. Una cita más se encontrará en la *Historia de la Arquitectura en España*, de ANDRÉS CALZADA (apéndice a la de Sir Banister Fletcher, Barcelona, 1928), página 629.

2. Un lloretense (señor Sala) encontró a 0'30 m. de la base una sepultura del tipo *tegulae et imbrices* (0'75 por 0'80 m.) paralelo al mausoleo; contenía numerosos restos humanos (*ossarium?*) y este material: un clavo de cobre, un lacrimatorio de vidrio, dos platos rotos de barro negruzco. A 1'75 m. de distancia del sepulcro y 0'78 de profundidad se hallaron dos fragmentos de vajilla romana de barro rojo barnizado, que Botet clasificó como *barro saguntino*, y que deben ser los que cita Pla Cargol como *terra sigillata*. También cita el hecho A. DEL CASTILLO, *Opus cit.*

país todos conocen por Perelló, a pesar del rótulo de Vilablareix; se pasa de largo, y a kilómetro y medio, a la derecha, se encuentra un camino que, cruzando un bosque, conduce a la extremidad del llano de Gerona, y poco antes de llegar al núcleo de población del auténtico Vilablareix (llamado también «La Parroquia» entre los naturales, por estar allí la iglesia), puede verse a la izquierda una torre de planta rectangular (3'10 por 2'80 m.), y unos 6 m. de altura; su color oscuro y aspecto sombrío la convierte en la más «fúnebre» de estas sepulturas. Los materiales empleados son la cal y la traquita (roca efusiva de la familia de las seinitas, abundante en la comarca, por la naturaleza volcánica del terreno; la variedad empleada es la oscura y porosa, que da su aspecto característico al hormigón de la torre).¹ La forman dos cuerpos huecos: el de abajo, sin entrada practicable (hoy tiene una brecha); el superior está abierto por la cara opuesta. Ambos están cubiertos con bóvedas de cañón, cuyos ejes son perpendiculares entre sí. En el de arriba parece haber como el antepecho de un terradillo, en el que se aprecian unos alvéolos con objeto sin duda de recibir las vigas de madera que sostuvieron la techumbre. El ladrillo se empleó en algunas partes, por ejemplo, para separar las dos plantas (hoy se aprecia en esta parte una reparación moderna). El destino de las dos cámaras parece algo oscuro; la de abajo sólo debió tener acceso desde la superior, que unos consideran *conditorium*, mientras otros dicen lo contrario; pero creer que la segunda fué una capillita para reunirse los familiares, como opina el señor Girbal, parece casi imposible. Hay algunas circunstancias notables relacionadas con este monumento; la primera, su proximidad al camino, hoy de poco uso, pero que debió tener gran importancia en los tiempos medios, que, junto con la existencia de otra torre en el pueblo vecino (de la que trataremos a continuación), hace sospechar el trazado de una vía romana; otra es el hallazgo, en las inmediaciones, de cerámica romana y fragmentos de urna cineraria, cosa constante, al menos en España, en esta clase de monumentos, como ya comentamos más arriba; su pertenencia a una *villa* rural parece muy probable: la cercanía del camino, por los terrenos labrantíos que la rodean, por el nombre mismo de la parroquia próxima, cuya situación y disposición no deja de ser interesante; además, en el mismo llano, en el manso de Bell-lloch, se encontró, en 1876, un magnífico mosaico, del que existe una pequeña parte en el Museo de Gercna, y la mejor en el Arqueoló-

1. Estudio detallado es el de ENRIQUE CLAUDIO GIRBAL, en *Anuari de l'Associació d'Excursions Catalana*, Barcelona, 1883, págs. 527 y ss., donde incluye planos y alzados muy bien hechos; también en *El Eco de Gerona*, 22 mayo de 1864, las dimensiones que dan no se ajustan exactamente a la realidad. BOTET Y SISÓ, *Renaixensa*, 31 mayo de 1874. PUIG Y CADAFAI, *A. Romana*, pág. 138, figs. 156 a 158; *A. Romànica*, pág. 72, fig. 60. MÉLIDA, *España Romana*, pág. 648, fig. 442; *Arqueología Española*, pág. 318; *Monumentos Romanos de España*, pág. 133. ANDRÉS CALZADA, *Opus cit.*, pág. 629. L. PERICOT, *Opus cit.* (con figuras) y pág. 561. PLA CARGOL, *Opus cit.*, pág. 456, fotografía 457. SERRA-RÁFOLS, *La Vida en la España Romana*, Barcelona, 1944, pág. 233.

gico de Barcelona. Todo esto prueba una fuerte romanización que no creemos estudiada aún a fondo.¹

Unos 2 Km. más arriba, siguiendo siempre la carretera de Santa Coloma, a unos 600 m. antes de llegar a Aiguaviva (no *Aygüesvives*, como erróneamente suele escribirse), se encuentra a mano derecha un manso llamado «El Temple», nombre que continúa la tradición de una casa de estos caballeros; en su parte posterior existe un basamento de unos 2 1/2 m. de lado y 1 1/2 de altura máxima aproximadamente. Está sumamente deteriorado, pero no hay duda de que se trata de restos de una torre sepulcral romana. Las noticias verbales que hemos podido recoger son muy pobres: los más ancianos lo han conocido siempre tal como está hoy. Lo que puede apreciarse es que debió tener un espacio hueco en su espesor, donde debía estar la urna, o urnas, cinerarias. Poca importancia debió tener este monumento, al que, dadas las proporciones de lo conservado, hay que suponer una altura máxima de unos 4 m. o poco más.² La cronología, como en el caso de Vilablareix, debe andar por los finales del siglo II o principios del III, y debieron tener carácter parecido; no es inverosímil suponer la tradición de una *villa* continuada más o menos remotamente por el núcleo de población y por la misma *masía* actual.

A nuestro entender existen en la provincia de Barcelona los restos de un sepulcro turriforme muy importante, pero que no ha sido estudiado como tal hasta ahora (fig. 5, I y II). Está en la confluencia del Llobregat y el Cardoner, no muy lejos de Manresa (en Castellgalí). Quedan unas pocas ruinas de la construcción que Laborde vió transformada en *masía*, y que vulgarmente recibe el nombre de *Torre del Breny*.³ Es costumbre de los autores atribuirle al tipo de sepulcro-templo, reducido éste a la *cella*; sin embargo, creemos que se trata de una auténtica torre funeraria perteneciente a una variedad tipológica que hemos estudiado antes (cf. la fig. 5, I, con la fig. 7, X y XII; también con la 10, VI). Fundamentamos parte de esta hipótesis en las referencias de Ceán-Bermúdez, que la describió como formada por un zócalo y dos cuerpos, de 56 palmos de alto y 46 de ancho

1. J. PLA CARGOL, *Opus cit.*, dice que se encuentran las siguientes denominaciones del pueblo de Vilablareix en documentos que a él se refieren: 1002, *Villa ablares*; 1019, *vila Blares*; 1200, *Vilablareix*; 1225, *Vilablarexo*; 1362, *Vilablarexio*. El supuesto de que una *villa* romana diera origen al pueblo, y que a ella perteneciese el sepulcro es perfectamente lógico y normal, frecuente en Cataluña, como indica la toponimia.

2. PUIG Y CADAFAIÇ, *A. Romana*, pág. 140, fig. 160; *A. Romànica*, I, pág. 74. L. PERICOT, *Opus cit.*, pág. 561. PLA CARGOL, *Opus cit.*, pág. 202 (con fotografía). MÉLIDA, *Monumentos Romanos*, pág. 133; *Arg. Esp.*, 318; *Esp. Romana*, pág. 648; para la figura 443 de esta obra, véase nuestra nota 5 de la página 120.

3. ALEXANDRE DE LABORDE, *Voyage Pittoresque et Historique de l'Espagne*, París, 1806, t. I, parte 1.^a, pág. 53 y láms. LXXXII y LXXXIII. CEÁN-BERMÚDEZ, *Sumario de las Antigüedades Romanas que hay en España*, Madrid, 1832, pág. 18. MAS Y CASAS, *Ensayos Históricos sobre Manresa*, Manresa, 1882, pág. 356. PIFERRER Y PI Y MARGALL, *Cataluña*, t. II, pág. 269, nota. M. TORRES Y TORRENTS, *Memorias o Apuntes sobre la Torre del Breny y Castillo de Balsareny*, en *Memorias de la Acad. de Buenas Letras de Barcelona*, t. III, 1880, págs. 241 y ss.). L. PERICOT, *Opus cit.*, etc.

cada uno (44 en las caras más estrechas); por otra parte, Puig y Cadafalch, que hizo un estudio de la planta en lo que hoy existe, publicó ésta casi cuadrada;¹ el hecho de existir tan poca diferencia entre los lados y el gran predominio de la altura, y además el haber monumentos de planta mucho más alejada del cuadrado, como el de Vilablareix, que están clasificados unánimemente dentro del tipo de torre, nos inclina a incluir en éste a la Torre del Breny, a pesar de alguna influencia de las formas del templo (cubierta a dos vertientes y frontones triangulares). Nos parece que la opinión general se explica por un error de dibujo del conocido grabado de Laborde, en el que se exagera la perspectiva. Teniendo a la vista ese grabado, los datos de Ceán y la planta de Puig y Cadafalch hemos intentado la reconstrucción que ofrecemos. Dice Ceán-Bermúdez que el primer cuerpo figuraba un pedestal con dentellones y cornisa; el segundo tenía arquitrabe, friso y otra cornisa; además, «dos leones en actitud de querer devorar una media figura humana y desnuda que tienen en medio». Añade que no existían señales de haber habido puertas, pero sí quedaban tres ventanas (que sospechamos fuesen posteriores), y que el interior estaba lleno de piedras (alusión sin duda al hormigón); Puig y Cadafalch también la cree ciega.²

En Tarragona, aparte la Torre de los Escipiones, se encuentran en la necrópolis paleocristiana de San Fructuoso restos de sepultura que pueden tener relación con la forma general de las torres funerarias.³

Parece que en los alrededores de Sagunto hubo alguno de estos mausoleos, pero de poca importancia. Quedan también unos dibujos que pueden referirse a una sepultura turriforme, aunque más bien parece del tipo de templo.⁴ En Daimuz, cerca de Gandía, cita L. Pericot otro monumento

1. La publicó, en unión de varias fotografías de la parte que se conserva, en *A. Romana*, págs. 127 y ss. y figs. 130 a 134; nosotros la copiamos en la figura 5, II. Véase también *A. Románica*, I, pág. 66, y fig. 53. Laborde también publicó esa planta, con bastante corrección por cierto (*Opus cit.*, LXXXIII).

2. En el texto de las dos láminas que hemos citado de Laborde, hace éste hincapié por dos veces sobre el parecido de la Torre del Breny con la de los Escipiones, dimensiones incluidas, aunque la encuentra peor artísticamente y más moderna que la tarraconense; en sus tiempos estaba convertida en casa de campo de un abogado de Manresa; antaño tenía una inscripción, según parece, que desapareció durante la Guerra de Sucesión. Publica también el friso con la figura y los leones; a nosotros no nos parece que están en actitud de devorarla, sino que es una versión de un tema iconográfico de origen oriental sobradamente conocido.

3. Véase en PUIG Y CADAVALCH, *A. Romana*, la pág. 143 y ss.; la fotografía de la figura 175 puede hacer alusión a estos ejemplares, así como los esquemas de la figura 176; en la misma obra reproduce una urna en forma de monumento turriforme, aunque con tejado a dos vertientes, que se encuentra en el Museo Arqueológico de Barcelona (fig. 165). J. SERRA VILARÓ anota datos interesantes en *Sepulcros y Ataúdes de la Necrópolis de San Fructuoso (Tarragona) (Ampurias, VI, 1944, págs. 179 y ss.)*, de donde hemos copiado nuestro dibujo de la figura 7, V. Todo es natural consecuencia del éxito que alcanzó la forma de cipo, que tiene supervivencias incluso en lo musulmán de los tiempos medios y llega hasta nuestros días; un ejemplo es el cementerio de *Sidi-Kebir (Blidah, Argelia)*. Antes nos hemos referido a este problema.

4. CHABRÉ, *Sagunto* (t. II, *Epig.* 7 al 11), habla de unas lápidas que estaban empotradas en las paredes del ex convento de la Santísima Trinidad, adonde fueron trasladadas desde cerca del teatro. A principios del siglo XVI formaban un conjunto de diez, colocadas de cinco en cinco sobre vestigios de ciertos sepulcros en forma de sístilo.

que parece del tipo, y cuya semejanza con el de Villajoyosa fué ya advertida por Laborde.¹ Este último (provincia de Alicante) ha sido clasificado entre los de templo o los de torre, según los comentaristas; por lo primero se decide Mélida² que sigue al Príncipe Pío que lo descubrió y estudió;³ también Puig y Cadafalch y otros varios autores.⁴ En el segundo grupo lo incluyen Rovira y Virgili,⁵ añadiendo que probablemente no fué acabado (en lo que sigue a Laborde); el Marqués de Lozoya⁶ y el doctor Pericot, que admite ambas posibilidades.⁷ Una leyenda lo señala como sepulcro de Sertorio; a principios del siglo pasado servía de granero; sus formas son muy sencillas, aunque no exentas de alguna elegancia. En el país se le conoce con el nombre de «Torre de San José».

Cartagena debió ser una zona muy importante y definida para este tipo de mausoleo, que aparece allí en versiones de *opus reticulatus* y con una silueta que trae a la memoria las fenicias de Amrit. El único que se conserva en la actualidad es la llamada «Torre Ciega»,⁸ pero Cascales, que fué el primero en describirla, habla de otras diez en sus inmediaciones; junto a ella vió claramente las ruinas de otra muy semejante; de una quedan vestigios en los materiales aprovechados en la construcción de un pozo que hay a unos 50 m. de distancia. Casal encontró restos de otro monumento del tipo en la parte opuesta de la ciudad, hacia la parte del barrio de la Concepción. La Torre Ciega está junto a la carretera de San Javier, antigua vía de *Tarraco*, y se conserva muy mal. Es de *opus reticulatus*, dentro está rellena de tierra apisonada; debió alcanzar unos 11 m. de altura, y su inscripción parece mencionar a un tal Tito Didio de la familia Cornelia, por lo cual se ha tejido también en su torno otra leyenda que la atribuye a los Escipiones. La fecha debe ser quizá algo más antigua que en los otros ejemplares españoles, acaso sea de los primeros tiempos imperiales.

1. L. PERICOT, *Opus cit.*, pág. 161. PUIG Y CADAFALECH, *A. Romana*, pág. 134 y figs. 140 a 142. Laborde lo publicó muy bien, *Opus cit.*, t. I, 2.ª parte, pág. 95 y láms. CXXVI y CXXVII (con dos vistas) y CXXVIII (planta, alzados, etc.).

2. J. R. MÉLIDA, *Monumentos Romanos*, 134 (aunque duda entre los dos tipos), repite en *Ar. Esp.*, pág. 317; véase también *España Romana*.

3. VALCÁRCEL, PÍO DE SABOYA, *Inscripciones y Antigüedades del Reino de Valencia (Memorias de la R. A. de la Hist.)*, Madrid, 1852, págs. 100 y ss.

4. *A. Romana*, pág. 135, figs. 144 a 146.

5. *Història Nacional de Catalunya*, Barcelona, 1922, vol. II.

6. *Historia del Arte Hispánico*, Barcelona, 1931, t. I, pág. 151.

7. *Opus cit.*, pág. 561. Para aumentar bibliografía, puede verse A. CALZADA, *Opus cit.*, página 629; *Anuario Histórico Valenciano*, vol. I, 1888, pág. 258, y la obra de LABORDE (t. I, 2.ª parte, CXXXIV y CXXXV, y pág. 97) con buenos dibujos; lo relaciona con el sepulcro de Daimuz.

8. Véase la monografía de A. BELTRÁN, que agota prácticamente el tema, por lo que a ella y a su completísima bibliografía remitimos al lector. Como resumen indicaremos: FEDERICO CASAL, *Leyendas, Tradiciones y Hechos Históricos de la Ciudad de Cartagena*, Cartagena, 1911, pág. 55; CONDE DE LUMINARES, *Inscripciones de Carthago-Nova...*, Madrid, 1796, XIV; MARQUÉS DE LOZOYA, *Opus cit.*, pág. 152; FERNÁNDEZ-VILLAMARZO CÁNOVAS LEANDRO SOLER, *Cartagena de España ilustrada...*, Murcia, 1777, primera parte; N. MONTANARO, *Observaciones sobre las antigüedades de Cartagena*, 1706 (*Colección Vargas Ponce. Varios de Cartagena. II*. Biblioteca de la R. Academia de la Historia), etc. El señor Beltrán hace también algunas breves alusiones a los sepulcros de Vilablareix, Aiguaviva, Lioret, Torre de los Escipiones, Villajoyosa y Daimuz. Véase también HUBNER, *C.I.L.*, n.º 3462.

En el Campo de Bolonia (provincia de Cádiz), no lejos de Tarifa, existe otro monumento, sepultura importante de una necrópolis. Es de planta cuadrada, cornisa y unos escalones. Fué aparejada en morrillo, y según Pierre Paris, *la silhoutte en rappelaît quelques beaux tombeaux lyciens*;¹ algunos han querido llamarlo *Torre de Bolonia*, pero tiene más vitalidad el nombre que le dan los naturales, *Capilla de Santa Catalina*, probablemente recuerdo de un período de culto cristiano. El mismo autor habla de otros restos de este tipo en sus inmediaciones; cree que la torrecita terminaba en pirámide.

En Extremadura quedan algunos recuerdos relacionables. En Mérida, por ejemplo, describe Lantier una lápida empotrada en la pared del *Parador Nuevo*, que hemos dibujado en nuestra figura 5, III, y que nos parece recoge un esquema de sepulcro turriforme.² Para terminar, en Zalamea de la Serena existen unos restos monumentales aprovechados hoy para torre de iglesia, y que parece pertenecieron a un templo; pero Laborde los interpretó como vestigios de un mausoleo, del que hizo una reconstrucción muy curiosa,³ aunque completamente falsa y descabellada.

Lo expuesto en este trabajo no está escrito, como indicamos al principio, con intención doctoral. En la primera parte intentamos dar una visión de conjunto del tipo monumental, sus orígenes, evolución y relaciones con otras formas arquitectónicas; pero todo ello visto en conjunto, siguiendo el hilo de su historia general, no el detalle del estudio monográfico de cada monumento, que haría de este ensayo un grueso volumen. En la segunda parte procuramos hacer lo mismo con el grupo de los españoles, pero vistos también como grupo, e integrándolo en el panorama general del Mediterráneo.

En el volumen anterior de *Ampurias* publicamos ya con todo detalle, y poniéndolo al día, el sepulcro llamado «Torre de los Escipiones», en Tarragona;⁴ en el próximo aparecerá la monografía de la «Torre del Breny», en Manresa; a continuación, los tres de Ayguaviva, Vilablareix y Lloret; «El Castellet», en Ampurias, probablemente nos reservará sorpresas, pues además de estar situado en una estación arqueológica de la mayor importancia, permanece todavía sin excavar, y los resultados de una exploración a fondo pueden ser verdaderamente insospechados.

1. *Promenades Archeologiques en Espagne*, París, 1921, págs. 244 y ss., lám. LX.

2. R. LENTIER, *Inventaire des Monuments sculptés Prechrétiens de la Peninsule Ibérique, I Lusitania, Conventus Emeritensis* (lám. LVII, fig. 123), Burdeos, 1918. SANGUINO Y MICHEL, *Rev. de Extrem.*, VII, 1906, pág. 468.

3. LABORDE, *Opus cit.*, t. I, 1.^a parte, lám. CLXXXVII (alzados, etc., y vista); en la lámina CLXXXVIII da la reconstrucción. Véase lo que dice a este propósito L. PERICOT, *Opus cit.*, pie de la reproducción de Laborde publicada entre las págs. 160 y 161.

4. CARLOS CID PRIEGO, *El Monumento conocido por «Torre de los Escipiones», en las cercanías de Tarragona, en Ampurias*, vol. IX-X, págs. 137 y ss., Barcelona, 1947-1948.

FU-2:29